GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

Utilizó los seudónimos de La Peregrina, Felipe Escalada, La Golondrina, Dolores Gil de Taboada.

Simón Palmer ha señalado cómo esta autora no cree en las diferencias de almas masculinas y femeninas, frente a Carolina Coronado que está convencida de ello.[1]

Sus textos poéticos más importantes en *Obras literarias, dramáticas poéticas*, pról. Juan Nicasio Gallego, biografía N. Pastor Díaz, Madrid, Rivadeneyra, 1869-71, 6 vols. Tomo los textos de la edición en cinco volúmenes de editorial Atlas, Madrid; en el vol. I se contiene: prólogo de Juan Nicasio Gallego, biografía de N. Pastor Díaz, Poesías líricas (BN, 1-29479-83). Cfr. tb. *Poesías líricas*, Madrid, Libr. Leocadio López, 1877.

Vayamos más detenidamente a la biografía de esta autora, que está ampliamente documentada, por cuanto gozó de una relevancia importante en su época debido a su fuerte y apasionado carácter, y a constituir el ejemplo concomitante de lo que venía de Europa: madame de Staël, o George Sand. Por cierto que creo Sand se refiere a España con una mezcla de admiración -por ejemplo hacia Mendizábal- y prejuicios, lo que unido a su carácter urbano, le impide comprender las hermosas tradiciones y costumbres mallorquinas; si bien la lectura de su *Un hiver à Mojorque* constituye un sano ejercicio de autocrítica para cualquier intelectual español, aunque poco pudo entender de nuestro país quien afirma ya de entrada: "L'Espagnol est ignorant et superstitieux (...) il est misérable et pressuré par l'impôt; par conséquent il est avide, égoiste, fourbe avec l'étranger".[2] Pero este injusto y falso juicio debe enmarcarse dentro de la ideología enciclopedista francesa que influyó negativamente, respecto a la visión de España, en algunos románticos del país, con la excepción de otros viajeros, que descubrieron el pintoresquismo romántico de nuestra nación, aunque muchas veces sin comprenderla en sus fundamentos. Todo ello es síntoma del choque entre dos mundos y dos culturas.[3]

Las obras completas de la Avellaneda podían leerse hasta hace muy poco -recientemente agotadas- en la edición de la BAE en cinco volúmenes realizada por José María Castro y Calvo entre 1974 y 1981, aunque con las erratas acostumbradas de estas ediciones, meritorias como pioneras.[4] Las prosas y leyendas de la Avellaneda están por redescubrir aún por parte de la crítica -pese a los estudios ya existentes-, pero su personalidad es suficientemente conocida a través de las diversas ediciones de su apasionada correspondencia amorosa. Dicho epistolario es de sumo interés, por cuanto nos muestra un aspecto que creo nuclear en su talante literario: que en ella la literatura era una consecuencia de la vida, y que la experiencia vital era la fuente de toda su obra

---

[1] Marina Mayoral (ed.) (1990), p. 14.

[2] Op. cit. nota infra, vol. II, p. 1051.

[3] Cfr. George Sand, *Oeuvres autobiographiques*, vol. II, contiene entre otros textos *Un hiver à Majorque*, ed. de G. Lubin, Paris, Gallimard, 1971 (Bibliothèque de la Pléiade); hay un primer volumen ibídem 1970 con *Histoire de ma vie (1800-1822)*. Sand es un interesante exceso del narcisismo romántico pero sus escritos poseen el atractivo y la intensidad de su apasionante temperamento. Además en su obra hay planteamientos personales muy originales y modernos para la época, por ejemplo su fe en una religión sin intermediarios ni iglesias (cfr. op. cit. vol. II, pp. 94-98).

[4] Ediciones de GGA: *Obras literarias, dramáticas y poéticas*, Madrid, Rivadeneyra, 1869-71, 6 vols; *Obras de GGA*, La Habana, Edición nacional del centenario, Aurelio Miranda, 1914-18, 4 vols.; y la edición que manejo aquí: *Obras de GGA*, Madrid, Atlas, 1974 (BAE), ed. de José María Castro y Calvo, 5 vols.

de creación, de una singular autenticidad existencial, que en sus últimos años, tanto en su poesía amorosa como en los poemas de circunstancias, álbumes y textos políticos en verso, posee un menor interés frente al rapto apasionado que caracteriza su interesantísimo numen poético. Posiblemente la Avellaneda, aunque nacida en Cuba, por su vinculación a España es tal vez la mejor poeta romántica de la época en nuestro país, dotada de una gran personalidad, un temperamento fogoso que la hace parecer un personaje de drama o novela romántica, y un verso de singular originalidad, frente a otras autoras del momento. La Avellaneda tenía un temple comparable al de Espronceda o Quintana, a quienes tanto admiró, y como dije antes me permito afirmar que posee una valía literaria semejante a la de estos dos autores masculinos a quienes es comparable.

Para un recorrido acerca de sus avatares afectivos, de tanto interés pasional y literario, pueden consultarse las diversas ediciones de su correspondencia, tanto las dedicadas a su gran amor Ignacio Cepeda para la primera época, como las que escribió a Antonio Romero Ortiz en la última.[5] A destacar en su edición el breve prólogo de Ramón Gómez de la Serna, quien se ocupó también en otro sitio de la figura de Carolina Coronado.[6] El estudio de Ramón, escrito con peculiar penetración psicológica y estilo, nos hace enamorarnos del autor de que trata, adentrándose a través de detalles cotidianos en su intimidad, y en este caso hace cobrar a la Avellaneda la dimensión de uno de los personajes de las maravillosas novelas del genial autor madrileño, poseedor de una de las prosas más originales e imaginativas del siglo XX universal, con una singular capacidad para retratar escritores desde el punto de vista de la leyenda que urde y teje alrededor de ellos, dotándolos de humanidad y ternura, con una perspectiva de profundidad que surge del conocimiento de sus hábitos cotidianos. Aprovechemos para alabar la aventura de Galaxia-Gutemberg/Círculo de Lectores, de publicar las obras completas del genial Ramón, que esperamos ver pronto culminadas totalmente, y que constituyen un texto amplísimo y sorprendente.

Las cartas de doña Gertrudis a Cepeda y a Romero Ortiz son de una singular belleza que transmite un poderoso y auténtico sentimiento personal, y nos ofrecen a un personaje cuya vida gira fundamentalmente alrededor del sentimiento amoroso. Son reflejo de un alma sensitiva y ardiente que se entrega totalmente a la persona a la que ama, con absoluto pasionalismo romántico. No es fácil encontrar, ni siquiera en la época, ejemplos semejantes de correspondencia amorosa volcada con tanta sinceridad de afectos en el eje de la persona amada, que le provoca dolor, sufrimiento y gozo inenarrables. La buena de doña Gertrudis creía a Cepeda un ser superior ("con un

[5] Cfr. las impresionantes cartas a Ignacio Cepeda, publicadas en edición no venal de 300 ejemplares por María de Córdoba y Govantes, viuda de Cepeda, y editada y anotada por Lorenzo Cruz de Fuentes bajo el título de *La Avellaneda. Autobiografía y cartas de la ilustre poetisa*, Huelva, 1907. Posteriormente fueron editadas como GGA, *Diario de amor. Autobiografía. Cartas a Ignacio Cepeda*, La Habana, Instituto del Libro, 1969, que es la edición que he podido manejar, al ser la anterior extremadamente rara. Más tarde en GGA, *Antología (Poesías y cartas amorosas)*, Buenos Aires-México, Espasa-Calpe Argentina, 1945 (Austral 498), con segunda edición en 1948 que es la que utilizo, debida al cuidado de Ramón Gómez de la Serna. . Para completar este aspecto de su correspondencia, véanse sus *Cartas inéditas existentes en el Museo del Ejército*, ed. de José Priego Fernández del Campo, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1975, con cartas a Antonio Romero Ortiz. Más recientemente cfr. GGA, *Poesías y epistolario de amor y amistad*, en edición de Elena Catena, Madrid, Castalia/Instituto de la Mujer, 1989 (Biblioteca de Escritoras)

[6] Ramón Gómez de la Serna, *Mi tía Carolina Coronado*, Buenos Aires, Emecé, 1942. Ahora tb. en *Obras completas*, ed. Ioana Zlotescu, vol. XIX, *Retratos y biografías* IV, *Biografías de escritores (1930-1953)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2002, pp. 333-465

carácter tan superior como el tuyo"),[7] sin darse cuenta de que era ella la superior por su talento poético. Relata las numerosas desgracias familiares, sobre todo en 1854.[8] Son cartas escritas en auténtico delirio amoroso, generalmente datadas a la una de la madrugada, cuando la escritora se vuelca febrilmente sobre los pliegos dirigidos a su amante. Su epistolario constituye un bellísimo ejemplo de romanticismo apasionado y de literatura amorosa dirigida a un destinatario real, no literario, pero al que se dota de profundidad literaria y poética como alma gemela con la que comunicar la propia intimidad.

Estamos por tanto ante un personaje literario, más que un personaje histórico: una autora que hace de su vida literatura, y de su literatura vida.

Veamos cómo se refiere a ella José Zorrilla en su *Recuerdos del tiempo viejo*:[9]

> "De cuando en cuando aparecen y se destacan del fondo oscuro del abigarrado cuadro de estos mis recuerdos, algunas risueñas y blancas figuras, que por breves instantes iluminan su nebulosa narración. Una de estas lumíneas, poéticas y celestes apariciones, es la de Gertrudis Gómez de Avellaneda; quien invocada por la revolución literaria de mi tiempo, la dio con su genio vigoroso impulso y con sus obras acusado carácter. (...) Su recuerdo no cruza por entre los míos sino para bien (...)"

Zorrilla recoge el momento en que la presentó en el Liceo, en el palacio de Vistahermosa, leyendo él sus poemas en un momento apoteósico. Y la describe así:

> "Porque la mujer era hermosa, de grande estatura, de esculturales contornos, de bien modelados brazos y de airosa cabeza, coronada de castaños y abundantes rizos, y gallardamente colocada sobre sus hombros. Su voz era dulce, suave y femenil; sus movimientos lánguidos y mesurados, y la acción de sus manos delicada y flexible; pero la mirada firme de sus serenos ojos azules, su escritura briosamente tendida sobre el papel, y los pensamientos varoniles de los vigorosos versos con que reveló su ingenio, revelaban algo viril y fuerte en el espíritu encerrado dentro de aquella voluptuosa encarnación mujeril. Nada había de áspero, de anguloso, de masculino, en fin, en aquel cuerpo de mujer, y de mujer atractiva: ni coloración subida en la piel, ni espesura excesiva en las cejas, ni bozo que sombreara su fresca boca, ni brusquedad en sus maneras: era una mujer; pero lo era sin duda por un error de la naturaleza, que había metido por distracción una alma de hombre en aquella envoltura de carne femenina (...) y la encontraba en el Liceo, en los cafés y en los teatros como si no fuera más que una compañera de redacción, un colega y un hermano en Apolo (...)"

[7] *Diario de amor*, La Habana, 1969, p. 74.
[8] Ibíd. p. 145.
[9] José Zorrilla, *Recuerdos del tiempo viejo* en *Obras completas*, ed. Narciso Alonso Cortés, Valladolid, Santarén, 1943, vol. II, pp. 2051-52.

De modo muy hermoso Zorrilla glosa la fraternidad en el arte que se establece entre su alma y la de la Avellaneda, y la califica de "la más inspirada, correcta y vigorosa de las poetisas de nuestro siglo."

* * *

Vamos a ver en primer lugar los datos más importantes de su biografía.

La vida de la Avellaneda ha sido frecuentemente glosada porque se trata de una historia apasionada y apasionante, con amores intensos y desgraciados, y avatares sorprendentes de los que ha dejado huella en las numerosas cartas amorosas que escribió.

El estudio preliminar de Castro y Calvo, [10] escrito con la habitual retórica de la crítica literaria de la época, trata de evocar la Cuba originaria de la Avellaneda y se entretiene en noticias de erudición paralela, que a veces poco tienen que ver con el personaje. Aunque barro para casa, notemos que Castro considera románticos a Quintana, Juan Nicasio Gallego y Gabriel García Tassara ("Quintana, Gallego, Tassara y otros románticos").[11]

Castro y Calvo trata acerca de la importancia de la mujer, como autora y como lectora, en el movimiento romántico español. Considera que el romanticismo femenino tuvo las mismas características que el masculino. Y recoge este testimonio de Gómez de la Serna:

> "El romanticismo es algo vivo, permanente feliz. Para mí no hay más que romanticismo, porque lo clásico -el clasicismo- no es más que la fosilización de los romanticismos que murieron; los arcos que quedaron en pie del gran acueducto, cuya agua viva llega ahora por las anillas, en conducción abierta por las encañadas modernas."[12]

Este concepto de romanticismo que podemos encontrar en Ramón creo tendrá una particular influencia en la poesía y actitud ante la vida de Luis Cernuda, por ejemplo. En mi libro sobre Bergamín señalé la importancia de los escritos de Ramón, tanto de los teóricos como de los creativos, sobre la generación del 27, frente a la aparente y nula influencia de Góngora más allá de la simple bandera estética; aspecto este que ya pusieron de manifiesto José Bergamín y Luis Cernuda.

Castro y Calvo considera cómo "La mujer-musa, en el romanticismo, encuentra de todo: elogios, diatribas, insultos; alguna vez, como ocurre con el poeta Tassara, una irritante compasión, que casi se une al desprecio (...)"[13]

También Lloréns se ha ocupado de la biografía de nuestra autora, y sigo sus indicaciones porque sintetizan muy bien lo que sabemos acerca de ella:[14]

---

[10] *Obras de doña GGA*, ed. y estudio preliminar de José María Castro y Calvo, Madrid, Atlas, 1974-1981, (BAE 272, 278, 279, 287 y 288), 5 vols. El volumen que nos interesa aquí es el primero (BAE, 272), donde se contiene la obra poética y el extenso estudio preliminar del editor mencionado.
[11] Op. cit. p. 10b.
[12] Apud op. cit. p. 11.
[13] Op. cit. p. 11b-12a.

> "Hija de marino andaluz y de cubana, nació en 1814 en Puerto Príncipe, hoy Camagüey, donde vivió hasta pasados los veinte años. Sus primeras lecturas abarcaron obras de Chateabriand, Walter Scott, Lamartine, Byron y Víctor Hugo, esto es, de escritores románticos extranjeros; y de Quintana y Lista entre los autores españoles. En 1836 pasó a España, permaneció algún tiempo en Sevilla y acabó trasladándose a Madrid en 1840. Ese mismo año hizo su entrada en el Madrid literario, después de su presentación en el Liceo, que estuvo a cargo de Zorrilla. (...)"[15]

Gómez de la Serna, siempre atento a los detalles biográficos de los que extrae un diseño de personalidad psicológica del escritor que retrata, comenta, basándose en la autobiografía epistolar de la autora, cómo sufre a su padrastro, lo que la lleva a ser rebelde; cómo le prepararon un matrimonio de conveniencia:

> "(...) con un pariente del padrastro, rico, solterón, pero ella, enamorada de un elegante vasquito llamado Loynaz, escapa de su casa cuando ya el ajuar está preparado y se refugia en casa de su abuelo padrastral.
>
> Escándalo, revuelo tropical, desheredamiento, viaje definitivo de la familia a Europa por causa de la niña díscola, enamorada y excepcional."[16]

Van a Burdeos y La Coruña, donde se enamora del hijo del comandante de la plaza general Ricafort, aunque rompe relaciones antes de casarse.

> "Su alma y su corazón formado en sus sufrimientos de niña huérfana de padre, de desfacedora de bodas a contragusto, de enamorada que es más valiente que el enamorado que se queda vencido por la ola en la playa lejana, se hace poetisa de sus pasiones extraviadas y esa dulce queja dará tono a su estro ya siempre."[17]

En 1836 está en Burdeos. En 1839 en Sevilla y luego Cádiz. En Andalucía tiene varios novios, y Antonio Méndez Vigo amenaza con suicidarse si no casa con él.

> "En esa situación aparece Cepeda que ha de llenar su vida, pero que es el hombre de mecedora y sonrisa, que se va a dejar querer pero que no tiene heroicidad para atreverse a llevar en vilo de por vida a tan encantadora mujer. ¡Cobardía tonta!"[18]

---

[14] Vicente Lloréns, *El romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1989, 2ª ed. corregida, pp. 568-80.
[15] Op. cit. p. 568.
[16] "La divina Tula", prólogo de Ramón Gómez de la Serna a la edición antes citada, p. 9.
[17] Ramón, op. cit. p. 10.
[18] Ramón, op. cit. p. 10.

Zorrilla indica cómo "presentada por mí quedó aceptada en el Liceo, y por consiguiente en Madrid, como la primera poetisa de España la hermosa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda".[19]

En 1841 publica *Sab*, una novela abolicionista sobre el tema de la esclavitud, que el lector actual puede encontrar en reciente edición en la editorial Cátedra, colección Letras Hispánicas. Es una obra de pasiones amorosas y tono antiesclavista. Nicomedes Pastor Díaz la reseña en *El Conservador* de 19 de diciembre de 1841. Y ese mismo año 1841 aparecen las *Poesías* de la autora con prólogo de Juan Nicasio Gallego, que también reseña Pastor Díaz en el mismo diario en 23 de enero de 1842.[20]

Se la considera la mejor poetisa española del presente y del pasado. Lloréns estima que algunas de sus composiciones tienen ecos de Zorrilla, pero otras anticipan lo que será la obra de Bécquer,[21] aunque yo creo que ninguno de los dos juicios de este gran crítico son del todo ciertos. Me parece que la Avellaneda tiene una voz propia y peculiar, en cuyas características entraré enseguida.

Como dije, se enamoró perdidamente de Ignacio Cepeda, a quien conoció en Sevilla, y fruto de esta relación es la abundante correspondencia epistolar, que no se escribió para ser leída por otros ojos, y que publicó como vimos la viuda de Cepeda, siendo constantemente reeditada hasta la actualidad, en que puede leerse en la edición de Elena Catena. Dice Lloréns:

> "El corazón que necesitaba (la Avellaneda) no era ciertamente el de Cepeda, hombre 'terriblemente normal', todo cálculo, frío, que debió de asustarse ante la exhuberancia vital de la poetisa cubana. Y, sin embargo, éste fue el gran amor de la Avellaneda, el más constante, y al que volvió después de interrumpidas sus primeras relaciones. Las cartas a Cepeda forman el epistolario amoroso femenino más apasionado que hasta ahora poseemos en lengua española, no muy abundante en testimonios de este género."[22]

Lloréns ha destacado cómo si en otros tiempos el poeta idealizaba a la amada, ahora la poeta convierte al amado en un ser divino. Tula, como la llamaban sus amigos, rompió con Cepeda, como queda de manifiesto en el poema "A él". Tuvo también por amante a Gabriel García Tassara, a quien conoció en Madrid en 1839. Nació una hija por nombre Brenhilde, a la que Tassara se negó a conocer incluso cuando estaba enferma de muerte, falleciendo pocos meses después de nacer.

Pocos meses más tarde, en 1846, Tula casó con Pedro Sabater, Secretario del Rey, Jefe Superior político de Madrid y escritor, y la vida parecía sonreírle por una vez en cuanto a su relación amorosa, ahora al parecer estable. Pero su marido falleció ese mismo año en Burdeos. Marchó a consolarse al monasterio de Loreto, y este momento de su vida marca el inicio de una actitud muy religiosa, patente en numerosas composiciones poéticas. Pero creo que frente a la pacatería ñoña de la religiosidad de casi todas sus compañeras de letras, la suya es una visión hondamente sentida, en donde

---

[19] *Recuerdos del tiempo viejo* en *Obras completas* de José Zorrilla, ed. de Narciso Alonso Cortés, Valladolid, 1943, tomo II, p. 2051.
[20] Cfr. tb. en *Obras completas* de Pastor Díaz, Madrid, Atlas, 1969, (BAE) vol. I, pp. 124-129.
[21] Lloréns op. cit. p. 572.
[22] Op. cit. p. 574.

además se armoniza la percepción sensitiva de la armonía de la naturaleza con la fe en un Dios trascendente inserto a la vez en ella.

Castro y Calvo, Lloréns y otros muchos críticos han destacado esta vertiente religiosa de su poesía, que yo no considero la más importante, que pienso reside en el tratamiento del tema amoroso como forma de experiencia vital auténtica y sentida, y no como amor literario y ficticio, lo que marca la profunda originalidad de Tula en cuanto a la expresión apasionada de sentimientos por parte de una mujer, lo que hasta entonces había estado vedado tácitamente por la sociedad. Creo que tras su matrimonio Tula trata de equilibrar su vida, escarmentada por anteriores decepciones amorosas, y poco a poco se va haciendo una poeta oficial, participa en florilegios poéticos, escribe obras de circunstancias, también políticas -confía mucho en Isabel II a la que ensalza, como los liberales de la época, para arrepentirse después de su error en vista del decurso histórico de los acontecimientos que serían tan plásticamente glosados por Valle Inclán en *La Corte de los milagros*.- La poesía religiosa y de circunstancias de la Avellaneda nos muestra su declive, su falta absoluta de inspiración, la pérdida del genio romántico que quizás necesita del exceso, de la relación absoluta e hiperbólica, aunque le desgarre el alma. Pero es emocionante cómo ella misma fue consciente de esta evolución en su sensibilidad crítica, de la que ha dejado huella en un poema sobre la pérdida del estro lírico en la madurez.

Después de su estancia en el monasterio de Loreto vuelve a Cepeda. Más tarde tendría una relación, desde la primavera de 1853, con Antonio Romero Ortiz, abogado y periodista gallego, ocho años más joven, que señala Lloréns llegó a ser ministro de Gracia y Justicia en la revolución de 1868.

Como ocurriría con Pardo Bazán, le fue negado el ingreso en la Real Academia, que no admitía mujeres por aquel entonces.

En 1854 casa en segundas nupcias con un coronel de infantería llamado Domingo Verdugo, pero en 1858 durante el estreno de su tragedia *Baltasar*, un personaje de pocos escrúpulos por nombre Rivera, periodista que había sido agente de policía, soltó un gato para reventar la representación. Como resultas de la discusión que mantuvo su marido con este siniestro personaje más tarde, éste le atravesó el pecho con un estoque. Tuvo que convalecer en España y Francia, y luego en Cuba en el séquito del general Serrano, por indicación de la reina. Allí su mujer obtiene todo género de homenajes, pero empeoró poco a poco hasta fallecer en 1863 en Pinar del Río.

Tula regresó a Sevilla y luego fue de nuevo a Madrid "donde enferma y achacosa llevó vida solitaria sin más quehacer que la edición de sus obras, hasta morir en 1873. No llegaron a diez, contando a don Juan Valera, las personas que asistieron a su entierro."[23]

Este es un muy breve resumen de una vida azarosa y apasionada, marcada siempre por el amor al arte y la literatura, y el amor al Amor, vivido con pasionalismo tan romántico como caribeño. La obra de la Avellaneda es sorprendente, pero no puedo menos que disentir de la importancia que algunos críticos como Castro y Calvo han concedido al tema religoso en su obra. Este estudioso la compara a Lope de Vega, yendo también del amor pasional a la religión. Sin embargo la poesía que nos interesa hoy de Tula es la primera, la que es fruto de su modo temperamental de entender la vida; todo lo que escribió en su época más madura constituye -incluida la obra religiosa- poesía de circunstancias de escaso interés, cuando ya la había abandonado la

[23] Op. cit. p. 578.

inspiración, que al parecer en la mayor parte de los escritores románticos suele darse en la juventud, sinónimo de romanticismo en aquellos momentos brillantes en los que el arte, la música y la literatura significaban mucho en la vida cotidiana de las gentes, lo que quizás hoy, sumidos en la generación virtual y cientifista, pragmática y logicista, no comprendemos del todo.

* * *

Creo que la Avellaneda es sin duda la mejor de las poetas románticas españolas, casi comparable en valor literario a Espronceda, a quien iguala en temple. Prefiero su obra a la de Carolina Coronado.

La Avellaneda expone en su poesía un concepto interesantísimo del arte, de la vida y del amor. Con su temperamento inquieto y apasionado, es nuestra escritora más imbuida de las doctrinas románticas europeas, ya que los románticos españoles poseen un sentido muy autónomo y peculiar de este movimiento, lo que ha sido mal entendido por la crítica en ocasiones, retardando equivocadamente su fecha de aparición en España. La Avellaneda muestra en su obra un hermoso sentimiento de la Naturaleza, simultáneamente panteísta y cristiano, carente del moralismo de muchas de sus compañeras, incluida la Coronado. Y, por supuesto, es la poeta del Amor -mejor en mayúscula-, aspecto que representa la faceta más importante en su obra y en su vida, que corren parejas.

Hagamos un breve repaso de los temas fundamentales de su poesía.

La edición de Castro y Calvo antes mencionada -que sigo en esta antología, aunque corrigiendo sus numerosas erratas- contiene sus poemas a partir de la de La Habana de 1914, conmemorativa del Centenario. El largo estudio preliminar incluye numerosas cartas inéditas. Vayamos al decurso evolutivo de su lírica:

"A la poesía"[24] manifiesta el sentido romántico de la Poesía al modo que luego comentaría Octavio Paz, para quien la religión, la poesía y el amor son las tres vías de acceso a la otredad y por tanto, añado, el sentido posible de la vida.

La Avellaneda se nos muestra en sus versos como un alma sanamente atormentada, así en "Las contradicciones",[25] y a veces rinde homenaje a la poesía del pasado, la de Meléndez Valdés, con cierto tono de cursilería rococó como en el poema al jilguero, que culmina con su libertad sin embargo, a la manera romántica.

También aparece en su obra lírica el tema barroco del paso del tiempo, que influye en los románticos empero en un sentido existencial bien distinto, no próximo a la lección moral del XVII sino al spleen vital y la angustia metafísica que sintieron todos los seguidores de Werther, creo hay una huella del sentimiento barroco en nuestro romanticismo, vía Lista, pero aboca a un sentido bien diferente por cuanto no pugna por otra vida más allá como sentido de ésta, sino que nos muestra el difícil sentido de nuestra situación en este mundo, con la carga de atribulación y duda existencial propia de los románticos, a veces nihilistas y escépticos, siempre melancólicos de su condición de hombres. Puede verse todo ello en su poema a la violeta deshojada.[26]

[24] Ed. Castro y Calvo (1974), p. 237.
[25] Ibíd. P. 238.
[26] Op. cit. p. 240.

El símbolo de las estrellas muestra el sentimiento de la naturaleza, la vivencia del cosmos como fondo afectivo a las pulsiones de un corazón atribulado.[27]

Debo advertir que en ocasiones usa el metro breve, como forma pícara de herencia rococó y de Meléndez y que este metro breve no le va. Es el poema por ejemplo "Paseo por el Betis",[28] de tono sereno y lúdico que tiene al final un tinte espronceciano. Igual que el poema al mar tiene huella clara de Quintana, cuyo "Al mar" (1798) he considerado, con "Ariadna" (1795), la fuente de la que surge el primer romanticismo español, sin consciencia todavía de constituirse obra romántica, romántico "avant la lettre". Este poema de la Avellaneda también tiene resonancias de Espronceda y su himno al sol, y deriva hacia una visión panteísta, la de un alma doliente consolada por la belleza de la Naturaleza.

"El cazador" nos muestra a una mujer herida. Las románticas creo descubren la importancia del corazón, frente a la poesía declamatoria de Zorrilla, Rivas o Tassara, también de valía. Es la diferencia entre el sonido del violín o la flauta respecto al tambor. Espronceda es otra cosa: el temple y la intensidad de un instrumento más digno. Pero hay una linde que conduce desde la Avellaneda y otras románticas hasta el sentido puro y afectivo del intimismo becqueriano, sin olvidar al gran Augusto Ferrán -que influiría tanto en Bergamín- a quien espero se reedite pronto después de la dignísima edición de José Pedro Díaz ya agotada hace tiempo.[29]

El poema a la tumba de Napoleón, tema que le ocupará en diversos textos, nos muestra que el emperador francés ya no es visto como un tirano opresor, sino como héroe byroniano, romántico, sobrehumano: es el superhombre romántico que luego veremos en Nietzsche con un concepto que sería deformado políticamente como es bien sabido. Es el hombre que es un poco dios porque no hay Dios, aunque Avellaneda se refiera a Él. Así considera al genio de Austerlitz: "nada humano / Palpitaba en tu pecho de diamante".[30]

Muy existencial es el poema "A la esperanza".[31] La Avellaneda nos muestra en su poesía la existencia de un alma atormentada, apasionada, pero muy sana y vitalista en su pasión. Allí menciona también la añoranza del ideal de vida retirada horaciana a la que tantos poetas han aspirado, con un sentido muy bucólico.

Escribe muchas imitaciones de figuras estelares del momento, como Lamartine y Víctor Hugo, también de Byron.

Hay la imagen del niño dormido, que nos sumerge en la pureza mágica del mundo de la infancia y sus sueños, aunque añade como pronóstico en contraste la lucha y el desengaño, con un sentido muy tremendo de la vida.[32]

"A él" es un poema muy antologado que se basa en la experiencia del amor, en el recuerdo y la memoria. Muestra un amor tormentoso, tan intenso que no le importa la queme y engulla.

---

[27] Op. cit. p. 240.
[28] Op. cit. p. 247.
[29] Augusto Ferrán, *Obras completas*, ed. José Pedro Díaz, Madrid, Espasa-Calpe, 1969 (Clásicos Castellanos, 164). Hay una edición sin fecha, de época: *Obras completas*, Madrid, La España Moderna, con prólogo de Gustavo Adolfo Bécquer.
[30] Op. cit. p. 246a. Cfr. tb. el poema "A Francia" p. 251, sobre la traslación de las cenizas de Napoleón.
[31] Op. cit. p. 248.
[32] Op. cit. p. 251.

Este sentido romántico de la existencia que se basa en el amor, se encuentra también en "El poeta".[33] Debo añadir que su obra creo contiene la expresión más hermosa de la concepción romántica del Artista que se haya publicado en lengua española, patente tanto en su poesía como en sus relatos, como veremos enseguida.

A lo largo de sus poemas aparecen referencias a Pastor Díaz o a Juan Nicasio Gallego como mentores; en el referido a este último se establece la relación de la poesía con el genio: todo perece, pero no el genio:

"Todo sucumbe a la eternal mudanza;
Por ley universal todo perece;
El genio sólo a eternizarse alcanza,
Y como el sol eterno resplandece.
Al porvenir su pensamiento lanza,
Que con polvo de los siglos crece,
Y en las alas del tiempo suspendido,
Vuela sobre las simas del olvido."[34]

Las referencias a los pájaros cazados por el cazador en "A un ruiseñor" parecen evocar al alma femenina, vulnerable e inerme ante el hombre del que se enamora, aquí en sentido simbólico. La naturaleza, la primavera, son otros temas.[35]

Aparece ya por primera vez, cuando está de vuelta de las experiencias tormentosas de sus amores, el poema "A la Virgen" de tema religioso.[36]

La Avellaneda se decanta expresamente a favor de la juventud romántica en la que se inserta, así en "La juventud del siglo." A destacar que el romanticismo, como viera Espronceda, constituye un movimiento de gente joven, la aparición de una nueva generación que pugnó con fuerza para romper viejos moldes de existencia que transformó de modo importante, desarrollando muy personalmente en la vida y en la obra literaria las teorías sentimentales del antiguo precedente rousseauniano, más allá de los tópicos literarios del amor de destino trágico y otros topoi que encubren en realidad la liberación pasional de todos los sentimientos. Porque detrás de los tópicos literarios estaba la revolución vital, la aparición de una nueva pulsión social e ideológica que constituyó toda una revolución erótica -la libertad del amor-, y también la libertad ideológica frente al tirano -con toda su carga de revolución social-. Todo ello está en Espronceda, antes en Quintana y Marchena, y también en la Avellaneda, que es una escritora auténtica muy imbuida de las teorías del romanticismo europeo que conocía de modo muy directo a través de sus lecturas.

En cuanto al estilo debo decir que la poesía de la Avellaneda es de una gran calidad lírica, y posee una intensidad, una brevedad sintética muy moderna, y una

[33] Op. cit. p. 254.
[34] Op. cit. p. 260.
[35] Op. cit. p. 261.
[36] Op. cit. p. 262.

originalidad de planteamientos poéticos que no se encuentran en otros autores masculinos de la época que resisten menos una lectura moderna, por declamatorios y derramados. Hay que recurrir a Espronceda para encontrar una intensidad y un temple semejantes, aunque en verdad superiores a los de nuestra autora. La poesía de la Avellaneda es poesía de Sentimiento, no de ficción ni de topoi literario, como por ejemplo la de Rivas o Zorrilla -sin menoscabo de estos autores-. Muestra en ella la poderosa pulsión del Yo fichteano, que en la mayor parte de los románticos españoles -más ideólogos que líricos en general, salvo el postromántico Bécquer- no aparece.

Su obra es una poesía que surge de la propia vida a la que se confiere rango literario, expresión de un desasosiego íntimo y de una actitud ante la existencia, con amores, fracasos y aspiraciones. Porque un tema importante en ella -raro en nuestro romanticismo- es el del *anhelo*, un poco a la manera del romanticismo alemán, que tan bellamente estudiara Albert Béguin en su clásico libro *El alma romántica y el sueño*. Frente a lo perecedero, el afán de eternidad -que torturaría a un poeta más reciente, Juan Ramón-.

Pero luego también obtiene la serenidad en "Contemplación",[37] donde sin abocar al panteísmo aparece la contemplación arrobada ante la belleza de la Naturaleza y junto al clásico *locus amoenus*. Allí se refiere al "¡Lucero del amor! (...) ¿Qué me quieres?" Es un bello poema donde la Avellaneda nos muestra que toda su obra lírica, al menos la de la juventud, que es la más valiosa y auténtica. De este modo la Naturaleza y el sentimiento de la poeta están acordes. En este aspecto debe decirse que la Avellaneda es una gran poeta injustamente postergada en su valor, como vio bien el fino degustador de literatura que era Ramón Gómez de la Serna. Hace falta rescatarla por encima de las circunstancias y oportunismos literarios de la moda, porque tiene valor por sí más allá de su condición de mujer, esto es, por ser una gran escritora que además tiene un alma sensitiva y, desde luego, femenina. No estoy por ello de acuerdo con Bretón de los Herreros que comentó: "¡Es mucho hombre esta mujer!". La Avellaneda sólo podía escribir así por ser mujer, pero independientemente de su condición femenina, su poesía posee un valor muy superior al de muchos poetas románticos masculinos a los que la crítica injustamente ha considerado por delante.

Su poesía también es la del sentimiento de dolor de amor, y de la pasión de amor -cuando se refiere a "Él es" como si fuera un dios-. Es la suya un alma atormentada pero sana, difícilmente equilibrada -por un gran temperamento- en esta pasión intensa que nos transmite en su obra.[38]

Y naturalmente, en su obra aparece el personaje romántico ineludible de la Muerte.[39]

La mejor parte de su poesía abarca hasta este poema, con el que se cierra la edición de 1841, transcrita por Castro y Calvo según la edición de La Habana del Centenario. Luego su obra se hará más religiosa, con una religiosidad externa, próxima en otros temas, también políticos, a las obras de circunstancias, poemas de álbumes de señoritas de alta sociedad, poemas a Isabel II.

Es verdad no obstante que su tratamiento del tema religioso, en los poemas de juventud al menos, no es nada pacato: así "Dios y el hombre",[40] que contiene un

[37] Op. cit. p. 265.
[38] "Amor y orgullo" p. 267 op. cit.
[39] Op. cit. p. 269.
[40] Op. cit. p. 270.

preludio del superhombre de Nietzsche. Pero el "Yo" en Gertrudis Gómez de Avellaneda no es el hombre sino Dios o el Amado, a partes iguales, admirando en este último su genio al modo romántico.[41] La contemplación arrobada de la Naturaleza también la siente compatible con la existencia de un Dios trascendente que retrata con su temperamento caribeño y sanguíneo, admirable. El amor a la Naturaleza romántico lo hace compatible con la existencia de la divinidad. Véase también "El día final",[42] y "A Dios".[43]

Cuando escribe sobre la muerte de Espronceda realiza un impresionante canto al genial autor que tanto la había subyugado con su obra.[44]

En fin, leer a Gertrudis Gómez de Avellaneda es tomar contacto con lo más grandioso del espíritu romántico, porque era un gran temperamento. Poseyó siempre una grandeza de ánimo incluso frente al dolor, que venció con la fuerza de su temperamento y su carácter, admirables.

En la Avellaneda hay siempre un resquicio a la esperanza, como corresponde a una persona con visión positiva y magnánima de la vida, más allá del sufrimiento que ésta siempre comporta.[45] Y cuando hay aspectos lóbregos en su obra, como cuando se refiere a los románticos espíritus de la noche, siempre hay rasgos positivos de belleza.[46]

Contrariamente a lo que parece deducirse de algunas insinuaciones del libro de Kirkpatrick, el tema de la amistad en la Avellaneda no lo veo equívoco.[47]

Debe decirse además, como se manifiesta en el poema "A un acacia", que frente al nacionalismo específico de la mayor parte del romanticismo español, el de la Avellaneda, también con su dosis particular de pasionalismo, está más inserto en los modos literarios del romanticismo del resto de Europa, aunque con la originalidad propia que he ido señalando en estas páginas.

En este poema, más triste, la Avellaneda -como Espronceda- recuerda un amor perdido, pero con otra voz diferente. Es el tema del dolor cósmico, inserto el corazón del poeta en el universo.[48] El "fogoso corazón" a que se refiere en sus versos, es indudablemente el suyo. Pero en su poesía no hay cansino lamento negativo, sino siempre un resquicio para la esperanza, no la tristeza enfermiza y llorona de otras autoras. El sentir poético de la Avellaneda por otro lado, no es un sentir literario, no es una ficción. Es un corazón inmenso y fogoso que escribe lo que vive.

Cuando pierde la juventud, un leitmotiv en su obra es el recuerdo siempre del amor perdido, como lo fuera en Espronceda, en su caso recordando a Cepeda o Tassara. Se adelanta también a Bécquer, por ejemplo en el poema "A la luna".

Cantará a Isabel II, como todos los liberales que vieron en ella una esperanza.[49] Hay ingenuidad política y entusiasmo liberal en los diversos poemas que le dedica, como por ejemplo en "La clemencia",[50] sobre el indulto que concedió, y que leyó en el

[41] Op. cit. p. 271a.
[42] Op. cit. p. 283, aunque sea lóbrego y exagerado.
[43] Op. cit. p. 302.
[44] Op. cit. p. 274.
[45] Op. cit. p. 275.
[46] Op. cit. p. 276.
[47] Op. cit. pp. 277b-279b.
[48] Op. cit. p. 280, "A una acacia".
[49] Op. cit. p. 285.
[50] Op. cit. p. 289.

Liceo de Madrid. Pero luego manifestará su descontento con la reina, por el decurso de los acontecimientos políticos.[51]

Bello es "Epitafio",[52] donde plantea la duda existencial. También "Al destino", muy romántico.[53] Hay novedades métricas en "La noche de insomnio y el alba", interesante teniendo en cuenta que escribía de madrugada, en la que están fechadas la mayoría de sus cartas amorosas. En estos poemas aparecen símbolos poéticos para expresar la fugacidad del tiempo, pero también la esperanza en el futuro, y la dicha de haber disfrutado del amor total y absoluto que sus amantes le proporcionaron. La tristeza de la noche, en este poema, desaparece ante la luz del día con el peculiar optimismo vitalista que he señalado en ella.

Respecto al tema patriótico debe decirse que "Al Escorial" recuerda el estro de Quintana,[54] y que la Avellaneda no se avergüenza de sentirse española, no cree en la leyenda negra, se siente de nuestro país y sin complejos, porque tiene un sentido amplio de la cultura y de la vida. Sin embargo en estos poemas de madurez se ha hecho más pomposa, más retórica, menos directa. Son textos carecen ya de la intensidad tan inspirada y apasionada de sus célebres poemas de juventud, quizás porque el romanticismo es un modo de escritura que sólo puede realizarse en ese período de juventud, con el pasionalismo y la rebeldía de esos años. Sin embargo aún hay rasgos de su antigua pulsión lírica en "El genio de la melancolía",[55] que representa un cierto retorno al intimismo.

Hay así un cambio importante en su actitud con la llegada de la madurez. Así por ejemplo en el poema "Miserere" ya aparece el concepto de culpa que nunca antes había tenido en su obra.[56] Son muchos ahora los poemas religiosos que escribe, y que no recojo aquí porque tienen un interés secundario.

Hay también poemas a su marido Pedro Sabater: unos cuartetos, y luego una elegía a su muerte.[57] Nuevamente el drama vital de su experiencia personal, y se retira al convento de Señoras de Loreto, en Burdeos. Desde entonces aumentará el tema religioso en su obra, aunque siempre con gallardía humana y elegancia, huyendo de la beaturrería de la época de otras escritoras coetáneas.

En verano de 1849, vuelve a la vida mundana con "Los reales sitios",[58] nuevamente el gozo de la vida, los bailes dados por la reina en el palacio de San Ildefonso; disfruta del amor, de la risa, del placer. Sin embargo desde 1845 su poesía es de muy inferior calidad, aunque confiesa vivir para la literatura ("¡Dime si el aire que aspirando bebes / No es poesía!").[59]

Imita a Byron y Parny. Y en "Romance" expresa la necesidad del canto espontáneo para el poeta.

La Avellaneda escribe ahora poemas de circunstancias. Pierde la poeta la inspiración paulatinamente y se prodiga en álbumes, improvisaciones: vive de réditos.

---

[51] Su descontento en p. 291, nota 9. Luego en "La gloria de los reyes" (p. 292) y "La reina Isabel II" (p. 295) de 1845, amplía estos temas respecto al claroscuro de la monarquía.
[52] Op. cit. p. 286.
[53] Op. cit. p. 287.
[54] Op. cit. p. 293.
[55] Op. cit. p. 297.
[56] Op. cit. p. 305.
[57] Op. cit. p. 300, y p. 304.
[58] Op. cit. p. 312.
[59] Op. cit. p. 314 a.

Sus últimos poemas carecen de interés, por ejemplo "A Dios",[60] al Espíritu Santo, a Cuba, a las cataratas del Niágara... Se trata de versos llenos de retórica y carentes de inspiración.

El poema "A la coronación del ilustre poeta el Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana. Oda",[61] me hace pensar en lo que expliqué en mi libro sobre este escritor tan importante en la época: ¿por qué lo hemos olvidado? Tiene una obra admirable, y su personalidad política y literaria fue definitiva en el decurso ideológico y literario del momento, anticipándose en muchos aspectos con una visión muy amplia del arte y de la vida. La Avellaneda lee este poema en su coronación, que ha sido inmortalizada en el cuadro de Luis López que se encuentra en el Palacio del Senado, y supongo que a la biblioteca de las Cortes María Brey empistó a Dérozier para las pesquisas que constituyeron su valioso libro sobre el poeta. Es injusto olvidar a Quintana, como lo es olvidar a la Avellaneda, que son autores auténticos, con voz propia, frente al romanticismo simplón de segunda categoría con que a veces nos contentamos, recopilación de tópicos y ficciones literarias heredadas, sin valor.

Esta es en definitiva mi impresión acerca de una escritora que hay que recuperar, y que fue un alma tormentosa, que no atormentada.

[60] Op. cit. p. 341, p. 354.
[61] Op. cit. p. 321.

LAS LEYENDAS DE LA AVELLANEDA.

Las narraciones breves y leyendas de Gertrudis Gómez de Avellaneda, ocupan el final del volumen IV de sus obras completas editadas por Castro y Calvo en la BAE, y todo el volumen V de esta misma edición. Quiero recuperarlas del olvido destacando sus aportaciones literarias.

La obra de la Avellaneda ha sido abordada por extenso por la crítica reciente. A destacar un artículo en prensa de María del Carmen Simón Palmer, en donde se estudia su testamento -pista importante los testamentos de los autores, que los historiadores han sabido siempre valorar justamente y nos aportan numerosos datos acerca de la obra del autor.- Simón Palmer me comenta ha descubierto que nuestra autora fue prestamista y poseía acciones en bolsa, lo que da idea de su inteligencia práctica además de su idealismo literario propio de época.[62]

Entre los textos sobre la Avellaneda destaca el de una crítico muy fina, Carmen Bravo-Villasante, en un libro que se lee con la pasión de una novela, muy bellamente escrito por quien comprendió tan bien el romanticismo y estudió asimismo a E. T. A. Hoffmann; pero dedica sin embargo a las leyendas muy poco espacio.[63]

Entrando ya en nuestro tema, debo decir que la primera leyenda que se contiene en la edición citada,[64] es un precioso texto titulado *El artista barquero*, lleno de sentimientos idealistas, de un romanticismo esteticista aún lejano de los efectos dramáticos que aparecerán en otras leyendas de la autora.

Debo decir que el fundamento en que se basa toda la estructura narrativa de la obra de Avellaneda es el diálogo. En dicho diálogo los personajes suelen referir a su vez otras breves historias intercaladas, que emplean lo que los cineastas llamarían más tarde *flash-back* narrativo, y que alcanzará su culminación en la estructura arquitectónica de *La Regenta*. De este modo se explican los antecedentes de la acción cuando ésta comienza *in media res* como suele.

El artista barquero nos muestra una consideración positiva y hermosa de la vida, narrando la historia de un artista de alta cuna, un héroe romántico joven que ha sido despojado de su riqueza por azares del destino. Enamorado de una muchacha rica que le corresponde, con la ayuda de un enigmático mecenas será capaz de vencer los inconvenientes que el padre de dicha muchacha plantea, obteniendo la gloria en el arte, de la que disfrutará en la corte de Luis XV bajo la tutela de Madame Pompadour, lo que sirve de base a la Avellaneda para realizar una bella recreación de la corte de Versalles a finales del siglo XVIII, en los años anteriores a la Revolución Francesa.

El protagonista es el prototipo de héroe romántico, joven y agraciado, que luego llenaría las novelas sentimentales y los folletines dedicados al público femenino en épocas posteriores hasta llegar a nuestros días. No hay sin embargo delicuescencias fáciles del orden de la novela rosa en nuestra autora, que mantiene siempre en su narración una clara dignidad literaria, embellecida por un tratamiento estético e idealista del tema, que se sigue con auténtico interés pese a la sencillez de la trama. A destacar

---

[62] Cfr. M. C. Simón Palmer, "Las finanzas de las románticas", en *Homenaje a Cristóbal Cuevas*, Málaga, Universidad de Málaga, en prensa.

[63] Carmen Bravo-Villasante, *Una vida romántica. La Avellaneda*, Barcelona, EDHASA, 1967 un breve espacio dentro del capítulo XIII. Hay reedición en Madrid, ICI (Instituto de Cultura Hispánica), 1986.

[64] *Obras de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda*, ed. de José María Castro y Calvo, Madrid, Atlas, 1981 (BAE 287, vol. IV de sus obras completas), y vol V de sus obras completas ibíd, (BAE 288). Cito siempre por esta edición.

por ello estos dos factores: se trata de una estructura sencilla de relato, pero hay una dosis muy bien graduada de interés narrativo, un pulso constante -propio del poderoso temperamento de la autora- que nos hace seguir prendados de la belleza del relato de principio a fin del mismo. Hay un singular encanto narrativo en estas historias que el lector no puede dejar hasta el final, escritas con un estilo breve muy moderno, lejano de la ampulosidad cansina de otros autores románticos españoles y del resto de Europa que hacen a veces aburridos sus libros. La Avellaneda muestra así sus dotes narrativas y destaca el peculiar encanto literario que poseen sin duda estas breves narraciones de los volúmenes IV y V de sus obras completas.

Notemos que la Avellaneda escribe con todo el fogoso temperamento de su condición femenina, pero también con la sensibilidad y la rica exhibición de sentimientos propios de dicha condición. La Avellaneda muestra la posibilidad de entender la vida desde la óptica femenina, y la peculiaridad de esta consideración con toda su belleza y lirismo. De hecho el protagonista de la historia, el joven artista, se comporta a veces como una mujer, sollozando con frecuencia, delicuescencia que hubiera sido rechazada por escritores masculinos de la época.[65] Así por ejemplo:

> "El joven bajó los ojos, empañados aún por las lágrimas, y su bella frente se coloreó como la de una virgen que ve sorprendidos de improviso los secretos de su corazón."[66]

Al mismo tiempo hay hermosas descripciones de mujeres, algunas de ellas con el encanto de lo criollo. Porque Cuba, con la belleza de su paisaje, está siempre presente en el recuerdo de la autora:[67]

> "(...) sus magníficos ojos negros de largas pestañas y acariciadora mirada, y cierta voluptuosa dejadez en todos sus movimientos, caracterizaban la especial belleza de la criolla."

La Avellaneda muestra el carácter exótico de lo criollo, y no reniega de sus orígenes en absoluto, alimentando la leyenda de su origen tropical, si bien debe advertirse que el cultivo que hace del romanticismo constituye quizás el exponente más europeísta en nuestras letras de este movimiento. Su literatura es quizás la más y mejor imbuida del romanticismo europeo, siendo la de otros autores españoles de esta época más autónomos en su estética, lo que constituye un rasgo característico y diferenciador de este movimiento que he estudiado en otro sitio.

Un tema repetido en la obra de nuestra autora aparece aquí por vez primera: el del amor pasional de dos jóvenes románticos, obstaculizado por la familia debido a la condición económica del varón, que debe pasar la prueba -como en las leyendas tradicionales- y conseguir la riqueza que le haga merecedor de la mano de la amada. Sin embargo al menos en esta leyenda no existe el desenlace dramático a que aboca generalmente este leitomotiv romántico.

Puede haber rasgos autobiográficos en algunos puntos del relato, cuando se nos muestra a la heroína prometida en un casamiento por interés a un rico de la Habana. Como recrea Gómez de la Serna, en la vida real la Avellaneda huyó de la Habana evitando este compromiso, aún a costa de ser desheredada, lo que nos habla de su poderoso temperamento y carácter sanguíneo.

---

[65] Op. cit. vol. IV, p. 221a.
[66] Op. cit. vol. IV, p. 221b.
[67] Op. cit. vol. IV, p. 222.a.

Un rasgo peculiar de la modernidad de estilo narrativo de nuestra autora es la brevedad de las descripciones, que hacen a su obra menos onerosa que la de sus contemporáneos, según he destacado antes. Por otro lado los aspectos de descripción de la naturaleza, en breves apuntes, nos muestran siempre el tema del amor relacionado con el panteísmo, aunque hay en él al final una derivación hacia una consideración trascendente: la naturaleza, esplendorosa en sus tormentas románticas que recorren todas estas leyendas, remite al Creador, lo que puede ser una concesión de época, o también la expresión de un sentimiento religioso mostrado con el pudor de quien piensa que debe estar recluido al ámbito de lo privado y nunca al de la exhibición reaccionaria y confesional. Así se refiere hermosamente a "esas místicas comunicaciones del cielo y de la tierra; esos latidos de amor, que revelan el alma universal" y también menciona a "las infinitas voces de la naturaleza" en un largo fragmento de resonancias platónicas que aconsejo al lector.[68]

Hay rasgos originales en los leitomotivs típicamente románticos del tema. Aquí por ejemplo el héroe, en vez de matar al padre de la muchacha, lo salva. Notemos el contraste con el *Don Juan* de Zorrilla o el *Don Álvaro* de Rivas, por poner sólo dos ejemplos que podrían multiplicarse ampliamente.

A destacar la peculiar intensidad narrativa de la acción, caracterizada por su lirismo y singular belleza. Y la base suele ser en todas las leyendas, un sentimiento amoroso expresado con fogosa tensión, que nos ofrece el retrato del temperamento fuerte de una mujer:

> "Hay en el amor de la mujer algo de tan místico e ideal, que no la permite comprender y tasar en su verdadero valor los obstáculos que le oponen las convenciones del mundo positivo. El prisma por donde mira cuanto tiene relación con el objeto de su culto, se lo presenta todo con halagüeños colores, que disfrazan las realidades. Esos ropajes de púrpura y oro, que saca ella de los tesoros de poesía que guarda en su corazón, llegan a formar parte integrante de la persona querida, ocultando cuanto puede revelar la flaqueza de la naturaleza mortal y la prosa de la vida (...)"

En la Avellaneda, compatible con su admiración por la figura de Napoleón -semejante a la que manifestara Byron por este personaje- o por el lujo de la corte real francesa precedente, hay una visión democrática de la vida: la figura del protagonista hecho a sí mismo, que consigue el triunfo mediante el esfuerzo y el talento personal, con independencia del origen familiar. Lo que ella defiende es la aristocracia del espíritu, y no muestra interés por la de la sangre más allá de la configuración romántica de los orígenes de sus protagonistas, acorde con el sentir de la literatura romántica europea. La sociedad -el dinero, la posición social- suele separar a los amantes. Lo que Avellaneda ensalza es la lucha del héroe en esta sociedad, y el premio al esfuerzo humano, más allá de la fácil herencia recibida, lo que en la época podía ser subversivo. Pero hay más: el Arte -con mayúscula- es la vía más importante de dignificación de la persona en su lucha con la realidad. El artista no está encerrado en una torre de marfil sino que es un luchador de temple. El Arte dignifica así la posición social del hombre, igualándola a la más alta de la escala social. La aristocracia del espíritu es superior a la de la sangre.

[68] Op. cit. vol. IV, pp. 296b-297a

Este relato está contruido con una sencillez candorosa y encantadora, que no impide la vivacidad nítida con que se dibujan los personajes en nuestra imaginación, en donde se tornan verdaderos dentro del aura idealista, de hermoso idealismo romántico, que les rodea.

Otro tema es el del Destino ("el destino nos separa y yo acepto su fallo"),[69] la desgracia que aparece en el camino del hombre. Y destaca la profunda ética de los personajes, Huberto quiere devolver la rica joya que cree le han regalado por error, a pesar de estar necesitado.

Es ésta una novelita llena de sentimientos, donde los personajes -incluso los masculinos- los muestran a través del llanto. A destacar generalmente la importancia de la figura positiva del padre en todos estos relatos, en donde creo ver un reflejo de la buena relación que tuvo con su figura paterna, como se ve en los citados *Diarios de amor*. Pero también el dinero como motor de la acción.

Unido a ello una consideración muy romántica del tema del *genio creador*:

> "Esa exageración de sensibilidad, fuerza y martirio de las naturalezas que han debido al cielo la misteriosa facultad que llamamos genio; esa potencia caprichosa de la imaginación, que todo lo agranda o lo achica, de una manera inconcebible para el vulgo; hacen extrañamente del hombre que la posee, el ser más poderoso y más débil de la tierra. Capaz de levantar montañas como si fuesen aristas, se le ve, sin embargo, con frecuencia convertir las aristas en montañas, y rendirse bajo el peso que les da su fantasía.
>
> Por eso la fe del artista -esa fe en sí mismo, que le hace acometer y llevar a efecto la grandiosa empresa de realizar lo ideal-, suele postrarse flaca al golpe inesperado de un fallo injusto: por eso el aplauso, el aura popular, la resonancia del éxito, que llamamos fama, son necesidades imperiosas, sin cuya satisfacción el mayor talento artístico decae poco a poco, y aun se esteriliza muchas veces.
>
> Diríase que la Providencia, siempre sabia, ha querido poner -como antídoto del orgullo egoísta, en las inteligencias privilegiadas- esa imposibilidad de vivir de sí mismas, que las lleva irresistiblemente a comunicar y a recibir; esa antítesis singular de fuerza espontánea y necesidad de estímulo, que hace que la soberanía que ejercen por su propio derecho, sólo les sea preciosa por la sanción ruidosa del sufragio público."[70]

La Avellaneda conoce muy bien la lucha del artista consigo mismo. Transmite la doctrina romántica del genio creador, pero al mismo tiempo es consciente de la importancia del refrendo público, la necesidad de recepción de la obra de arte por parte de la sociedad. Cuando aparezca el personaje, muy bien diseñado, de la Pompadour, la querida del rey Luis XV, en el ámbito de la corte de Versalles, y relate su fascinado enamoramiento del protagonista, el joven Huberto -donde la acción se enreda en el terreno histórico- es capaz de relatar con discreción pero con conocimiento de causa, el tema de la tutela que ejerce el poderoso sobre el artista en dicha sociedad galante, tutela que hoy quizás podríamos añadir ha sido sustituida por la que ejercen los emporios de comunicación -prensa y editoriales- sobre el artista que necesita del éxito público para seguir existiendo como tal. Al artista siempre le acecha la corrupción, nos dice la

[69] Op. cit. vol. IV, p. 239b
[70] Op. cit. vol. IV, p. 258b-259a

Avellaneda, que tiene un concepto puro del arte y del hombre, reflejado en el personaje del joven Huberto.

La Pompadour, nos dice la Avellaneda, lleva una vida muy triste rodeada de lujo, y se enamora del "bello adolescente". Notemos este texto sobre el magnetismo de la inteligencia:

> "Hemos tenido ocasión de observar que la grande actividad de la mente comunica a veces -aún a los efectos más vulgares- cierto poder magnético, de que suelen carecer hasta en supremos momentos las pasiones de naturalezas comunes. La amistad, la admiración, la simpatía, la simple benevolencia alcanzan a ciertos ojos -fulgurantes naturalmente por la llama creadora del genio-, un poder y una intensidad muy superiores a la energía de su origen; sucediendo por esto que pueda a ocasiones, y sin quererlo, mentir el amor la inteligencia."[71]

En fin, son estos breves relatos, sencillos, encantadores, mágicos y modernos. Leer las leyendas de la Avellaneda es ingresar en un universo mágico, la evocación idealista, legendaria, maravillosa, de la mejor literatura romántica. El ánimo del lector queda suspenso por el encanto de la narración cuyo decurso se desarrolla y fluye como las aguas plácidas de un río. Muestra la belleza de un mundo espiritual dotado del más hermoso idealismo lírico, que nos proporciona como lectores la satisfacción de gozar de un tiempo suspendido en esa lectura, la posibilidad de soñar, mejor de ensoñar la historia y los personajes. Ninguna otra literatura, salvo la romántica, posee esta capacidad de evocación al sueño. El defecto romántico es la declamación retórica, el exceso ampuloso: y ello queda ausente de las espléndidas, hermosas leyendas de la Avellaneda.

Creo que todo nos confirma que la mejor literatura es la idealista, y que el idealismo es el rasgo constitutivo más importante de las letras españolas de todas las épocas, desde la Edad Media hasta nuestros días. Esto es lo que hemos aportado a la literatura universal, junto al verismo, la relación con la vida verdadera a la que se superpone ese idealismo, como el personaje de Don Quijote se superpone a Sancho como paradigma.

Dice nuestra autora refiriéndose a Huberto y a la Pompadour:

> "Los dos amaban y cultivaban el arte; ¿cómo no dejarse arrebatar, a ocasiones, en alas del entusiasmo, para hacer en grata compañía excursiones atrevidas por la inmensa región del idealismo?"[72]

El amor purifica a la libertina Pompadour, en amistad casta y pura con el joven Huberto, aprendida quizás por Avellaneda en la escena del Arco de los Leales Amadores del *Amadís de Gaula*, posiblemente una de las fuentes de este concepto en todo el romanticismo.

La historia que se nos relata es así la de una prueba de amor -tema típico también de la literatura caballeresca y en general de las leyendas arcaicas-, pero aquí se une al tema del desencuentro, del malentendido en la relación a dos.[73] Y el Destino, que separa a los amantes.[74]

---

[71] Op. cit. vol. IV, p. 261b.
[72] Op. cit. vol. IV, p. 275b.
[73] Op. cit. vol. IV, pp. 283-284.
[74] Op. cit. vol. IV, p. 289a

Otro aspecto interesante es el de los personajes femeninos en la Avellaneda, como la Pompadour, ejemplo de mujer exitosa, rica y liberada, a la que parece en cierto modo envidiar. Hay una reconstrucción de la época muy bien dibujada siempre es en estas leyendas, en las que se muestran los conocimientos de la autora, su cultura que nunca se exhibe de modo fatuo sino que arropa de modo bien dosificado a la narración, sin que se pierda un ápice del sentido lírico de la misma.

Aparece el tema de la creación febril como consecuencia del desengaño amoroso, algo de lo que la Avellaneda debía saber mucho.[75] En este sentido el amor es "la fe santa de su primer cariño",[76] el amor es la fe santa, y no la religión, en la mejor estirpe de la mitificación romántica de este sentimiento elevado del hombre. Unido a ello un elogio del amor maduro. La autora conoce bien lo que es el sentimiento amoroso, el más importante de su vida:

> "Amaba (la Pompadour) al fin, amaba con aquel amor tardío, que es el más absoluto (...) cuando se ama, en fin, no ya por exceso de potencia que pide dilación, sino más bien por necesidad de complemento -que nos hace concentrar todas las fuerzas para asimilarnos a otra existencia-, entonces, ¡ah!, entonces nos aferramos con tesón al sentimiento que nos fortifica, como quien comprende que es el último asidero de la felicidad largo tiempo perseguida (...) [77]

La Avellaneda nos hace seguir alternativamente y con maestría los sentimientos de cada una de las dos partes de la trama amorosa, no obstante con una cierta sombra de desencuentro al fondo, de alteridad incomprendida, de soledad y malinterpretación en las relaciones, que confiere al texto una modernidad inexcusable. Se descubren también, a través del personaje de la Pompadour, los sentimientos más íntimos del alma femenina, y la aspiración secreta de esta protagonista:

> "(...) ¡Sean bendecidas por Dios las privilegiadas mujeres que le han debido a la suerte de hallar -a sus primeros pasos por el mundo- al esposo que pueden amar siempre... las que gozan la dicha de ofrecer a su elegido un amor primicia de su alma, santo, único, digno de ser aceptado por quien es digno de esperarlo! Eso consolará a las que se ven desheredadas de bien tan incomparable."[78]

En la relación entre la Pompadour y Huberto hay también un hermoso canto a la amistad entre hombre y mujer.[79]

En fin, toda esta narración constituye una bella sacralización del sentimiento del Amor, y también del acto creador, de la existencia del Arte en un pleno espíritu romántico. Ha sacralizado la pureza del amor como eje y motor de las más elevadas acciones humanas, al que se une la fuerza de la capacidad creadora del artista.

Desde el punto de vista ideológico, hay múltiples personajes históricos que pueblan la recreación de la corte de Versalles. En este cuadro que se traza se muestra una cierta reticencia a aceptar el pensamiento de Voltaire y Rousseau,[80] aunque se trata

[75] Op. cit. vol. IV, p. 290.
[76] Op. cit. vol. IV, p. 291a
[77] Op. cit. vol. IV, pp. 292b-293a
[78] Op. cit. vol. IV, pp. 298b-299a
[79] Op. cit. vol. IV, pp 299b-301a
[80] Op. cit. vol. IV, p. 319a

de una crítica comprensiva, nunca acerba. Y se alaba en el otro ámbito la figura de Montesquieu, el misterioso caballero que ayudó a Huberto en su pobreza.[81]

La leyenda que abre el siguiente volumen de las obras completas de la Avellaneda en la BAE es *Espatolino*, la historia de un guerrillero italiano que es traicionado por sus compañeros y por los mandos políticos contra los que luchaba y que le habían prometido el indulto. Nuevamente nos encontramos con una novela moderna, que sintetiza al máximo las descripciones y que se fundamenta, según el peculiar estilo de la autora que ya he señalado, en las historias que los propio protagonistas relatan unos a otros a través del diálogo, que es el auténtico eje de la acción y fundamento de la obra.

Si en la narración anterior había un tinte más lírico, más positivo también que culmina en un final feliz, aquí se ponen de manifiesto los recursos dramáticos del romanticismo en un final terrible en el que, del modo al uso, se expresa el fracaso del espíritu romántico del amor total frente a la coerción de la sociedad, siendo éste un leitmotiv propio de la época.

No existen por tanto descripciones de detalle sino de sensaciones anímicas de los protagonistas en relación al paisaje, al ambiente en que se desenvuelven sus azarosos sentimientos.[82] Hay nuevamente una narración de legendario encanto romántico con una trama construida con tanta sencillez como encanto, con tanta intensidad dramática como tensión de interés de principio a fin. También los conocidos *flask-back* narrativos para hacer más comprensible la acción al lector e introducir nuevos elementos en ella.

Espatolino es nuevamente el héroe joven romántico, si bien ahora caracterizado no por su espíritu creador y artístico sino por su rebeldía social que le hace ser un personaje que roba a los ricos para entregarlo a los pobres, como lo era Robin Hood. Aquí una justificación y mitificación del proscrito.[83]

Hay ideas progresistas en esta narración, por ejemplo la idea del presidio como medio de rehabilitación del recluso.[84] Y al final un encendido alegato en contra de la pena de muerte, aunque en función de la caridad cristiana. En otro texto se opone tanto a la pena de muerte como al tormento[85]

Acorde con la nación que se recrea en la historia, hay un sentido de melodrama italiano que culmina en el final, propio de la mejor ópera de época, pero siempre contada con encanto.

La Avellaneda que había hecho de Huberto, en la narración anterior, un personaje desdibujado y oscilante, casi un reflejo, construye ahora en el personaje de Espatolino una figura gallarda, valiente, inteligente, de gran poderío humano. Con un sentido muy romántico se nos plantea que los proscritos son los puros, y los corruptos los políticos de la ciudad.[86] Son personajes admirables, generosos o crueles. Decididamente la Avellaneda tenía arte para la novela, siendo la suya muy personal, muy original, diferente y valiosa en el ámbito de la literatura romántica en la que destaca por su mayor modernidad que la hace agradable a un lector actual.

---

[81] Op. cit. vol. IV, p. 320a

[82] Cfr. ejemplo de breve pero intensa descripción p. 51b, de una tormenta, que es el fenómeno natural más frecuente y hermoso en las obras narrativas de la Avellaneda.

[83] Op. cit. vol. V, pp. 26-27.

[84] Op. cit. vol. V, p. 41b

[85] Op. cit. vol. V, p. 79b y p. 81. Cfr. tb. en vol. V, a propósito de *El cacique de Turmeque*, p. 264b, contra la pena de muerte y contra el tormento.

[86] Op. cit. vol. V, p. 54a

Lo que parece pretender la autora es hacernos soñar, dejar nuestro ánimo de lectores en suspenso mientras accedemos al texto, hacernos entrar en un universo donde el tiempo no existe, donde los minutos escapan y sólo queda la sensación pura, el acceso a un mundo espiritual y legendario lleno de belleza.

Cierto tono de salvación religiosa no es óbice para el espíritu laicista de la Avellaneda, que toma de la religión los aspectos más solidarios y afectivos, nunca la coerción o la culpa.[87]

Y también nuevamente el tema del Destino, cuando Espatolino exclama: "me entrego resignado al destino". De este destino se dice:

> "(...) Mucho le deberíamos si hiciese la vida tan breve como la felicidad, ya que no es posible hacer la felicidad tan larga como la vida. (...)"[88]

En fin, son personajes que dentro de su espíritu de ópera musical romántica, quedan vívidamente dibujados en la mente del lector, con unos recursos admirablemente sencillos y nimbados de un aura mágica. Si bien el desenlace trágico de *Espatolino* representa una concesión más clara a los tópicos románticos, y en relación con el melodrama italiano.

El recurso a un mundo exótico queda de manifiesto en estas narraciones y leyendas, que transcurren en la Francia pre-revolucionaria, en la Italia revolucionaria, en Suiza, en el País Vasco, en México colonial, en el Pirineo francés.

Algunas veces en las leyendas de la Avellaneda hay referencias a lo "positivo" -léase creo la filosofía de Comte- como opuesto al ámbito idealista -el espíritu romántico-, y la dialéctica que se establece entre ambos conceptos es interesante, porque refleja el sentir de los intelectuales del momento que se debatían en aquel período entre ambos extremos.[89] Los románticos, que seguían la metafísica idealista, se oponen al materialismo antimetafísico de Comte, que triunfaría más tarde en el realismo y sobre todo en el naturalismo francés.

En este sentido tengo la impresión de que el universo romántico está separado de la realidad por la visión metafísica que actúa como panel intermedio. Algo semejante ocurrió en la literatura renacentista y barroca del cristiano siglo de oro español. Frente a este período del pasado, el espíritu romántico está aún más alejado de la realidad porque se encierra en el subjetivismo metafísico, en la hispostasiación del Yo absoluto, herencia de la filosofía metafísica idealista.

No me cabe duda de que la filosofía influye decisivamente en la conformación de los patrones culturales de la sociedad modificando creencias y las subsiguientes conductas humanas. Hoy la filosofía ha sido sustituida en nuestra civilización por la ciencia porque se hizo el "hara-kiri" ella misma, a través del pensamiento neopositivista, de la filosofía del lenguaje, de la semiótica, de la lógica matemática, de la filosofía de la ciencia. Hoy la idea ha sido destruida por la idea misma, la filosofía por la misma filosofía, y queda lo positivo, lo pragmático. Por ello puede constituir un sano ejercicio de superación de este positivismo, tan eficaz desde otros puntos de vista -como el del avance científico o de las condiciones sociales de vida- y accedamos a un universo espiritual como el del romanticismo, en el que las ideas aún regían sobre la literatura, que era la esclava más hermosa de la filosofía a la que servía de modo ancillar.

---

[87] Op. cit. vol. V, pp. 63b-64a

[88] Op. cit. vol. V, p. 64a

[89] Cfr. por ej. en *La velada del helecho o el donativo del diablo*. Cfr. tb. en *La ondina del lago azul* p. 197b.

Destacaría finalmente la insistencia en el tema de la imposibilidad del amor por la pobreza del varón, y la prueba subsiguiente -recurso legendario-, por ejemplo en *La flor del ángel*, de tradición vasca, que une a la eternidad del sentimiento del amor la eternidad del fluir de la naturaleza.[90]

Más rasgos descriptivos de hermosos paisajes pintorescos se encuentran en la bella leyenda pirenaica *La ondina del lago azul*, que refleja esta ámbito agreste evocador para los románticos. Pero la Avellaneda sigue eliminando, con un espíritu muy moderno, todos los excesos declamatorios, y deja la sensación sencilla y tenue, directa, de la expresión de un universo de sentimientos.

En esta leyenda se recoge el alma del artista, embrujado por la dama de los lagos, y se habla acerca de la música y el arte,[91] de la libertad e independencia del artista que no requiere la riqueza material,[92] y nos muestra el alma sensitiva que tiene acceso a las otras fuerzas de la realidad, el universo de las oscuras armonías que subyace a la Naturaleza, según deduzco de frases como éstas del protagonista:

> "(...) Lorenzo, te aseguro de veras que no ambiciono, no deseo nada de cuanto la tierra pudiera ofrecerme; porque hay en mi alma necesidades misteriosas, cuya satisfacción logro entrever algunas veces en los éxtasis inefables de mis ensueños solitarios. Solitarios he dicho, pero no es cierto: jamás estoy menos solo que cuando ninguna criatura humana respira cerca de mí. Entonces todo se puebla a los ojos de mi mente de seres benéficos y bellos, con los que me comunico por medio de inexplicables armonías. Entonces viene -púdica y amorosa- a identificarse con mi espíritu, la mujer ideal de mis ardientes aspiraciones, ante la que quedarían oscurecidas las más perfectas beldades de la tierra."[93]

Se trata de uno de los raros ejemplos de leyendas fantásticas en España, en un ámbito muy europeo y distinto del que cultivaría Bécquer.

La leyenda, muy breve de *La dama de Amboto*, que a mí mismo me ha servido de fuente de inspiración para la construcción de mi novela breve *El fantasma ensimismado*, de pronta edición en una compilación de relatos,[94] me parece sin embargo decepcionante: en lo que he podido estudiar acerca del tema, es bastante más rico y complejo de lo que se incluye en esta narración, en la que además se fabulan elementos de modo poco estricto.

La América colonial aparece en *Una anécdota de la vida de Cortés*. Allí se mezcla la leyenda negra española -de matices tenues- con la admiración que siempre sintió la Avellaneda por nuestra nación a la que en realidad pertenece de hecho. Afirma por ejemplo: "su nación, en aquel tiempo en que era grande, heroica, fanática y fiera".[95] Lo que no parece decir la Avellaneda, imbuida de su rebeldía romántica, es que absolutamente todas las naciones de la época lo eran de la misma manera "fanáticas y fieras", y al menos la española fue "grande y heroica".

Esta leyenda recoge una anécdota hermosa y salvaje, una historia de apasionados celos indianos que la autora debía conocer bastante bien.

---

[90] Op. cit. vol. V, p. 180.
[91] Op. cit. vol. V, p. 185a
[92] Op. cit. vol. V, p. 185b, p. 186b, p. 187a
[93] Op. cit. vol. V, p.186b.
[94] Cfr. Diego Martínez Torrón, *Los dioses de la Noche*, Madrid, Sial eds., en prensa.
[95] Op. cit. vol. V, p. 208.

La baronesa de Foux se basa en una tradición francesa y se editó por primera vez en Madrid en 1844. Nuevamente paisajes románticos, el Jura... de una gran belleza. Hay más descripciones aquí de los que nos tienen acostumbrado, pero con evocaciones muy estéticas, también con un estilo sencillo y moderno, despojado de retórica, pero de intenso espíritu romántico. Frente al amor juvenil apasionado opone ahora el maduro:

> "(...) Su profundo cariño no era el ardiente instinto de un corazón juvenil ávido de emociones, ni adolecía de los delirios y las exageradas exigencias que se mezclan por lo común a los primeros amores. Berta y Aimer estaban enlazados por un sentimiento hondo, sereno, casto y solemne; por una confianza perfecta; por aquel aprecio justo e inalterable, que acompaña a los afectos destinados a ser eternos."[96]

En este hermoso tratamiento del tema del amor, la muchacha parece oír la voz del amado en la Naturaleza, donde panteísmo se une al sentimiento amoroso una vez más, en la línea del mejor romanticismo.[97]

Esta leyenda contiene noticias muy curiosas sobre la Edad Media. La Avellaneda tenía una vasta cultura de la que no abusaba a la hora de documentarse para sus escritos. Las cruzadas fueron motivo de lectura asidua para los románticos, que había descubierto el tema en las novelas de Scott que tanto alabaría Alberto Lista en sus *Ensayos literarios y críticos*.[98]

La historia que se relata en esta leyenda me recuerda a otra que sintetizaría, con su peculiar concepto de intensidad literaria, Azorín en tres o cuatro páginas de su *Doña Inés* (1925).[99] Azorín relata los amores trágicos de un joven trovador con una dama y la venganza del marido. En unas páginas nos cuenta lo que hubiera podido ser un largo novelón romántico. Pero en la obra de la Avellaneda hay un precioso colofón cuando los dos amantes se unen en la muerte.[100]

El mundo americano colonial reaparece finalmente en *El cacique de Turmeque*, con el tema del amor y los celos subsiguientes. Notemos que las mujeres de las novelitas de la Avellaneda exponen sin tapujos sus sentimientos, reivindican su derecho a la pasión, y en este caso también a cambiar de pareja y de amor ("la voltaria beldad" la llama a Estrella[101], y "mujer novelesca y ávida siempre de nuevas impresiones").[102]

Hay sin embargo menor tensión poética en esta historia de conspiraciones indianas e intrigas políticas, en las que parece quedar claro que el elemento negativo en la América española fueron no los delegados directos del rey, ni tampoco el estamento indígena, sino los poderes autónomos que buscaban con avaricia una mayor cuota de poder. En este sentido la Avellaneda rompe con el tópico de la leyenda negra y nos

---

[96] Op. cit. vol. V, p. 229a
[97] Op. cit. vol. V, p. 231a
[98] Cfr. coetáneo a todos estos escritos los *Ensayos literarios y críticos* de Alberto Lista, Sevilla, Calvo y Rubio, 1844, 2 vols, aunque no son lo mejor de su producción ensayística, que creo radica en sus *Lecciones de literatura española*, sobre todo en la edición póstuma más completa editadas en Madrid, Repullés, 1853, 2 vols, que se pueden consultar en la biblioteca de la Real Academia Española. Destaquemos que la Avellaneda recomendaba a Cepeda leer la poesía de Lista y de Quintana, junto a Lamartine y Chateabriand, ver *Diario de amor* cit.
[99] Cfr. Azorín, *Doña Inés. (Historia de amor)*, ed. Elena Catena, Madrid, Castalia, 1976 (Clásicos Castalia, 53), 2ª ed. 1977, pp. 153-159. La primera edición es en Madrid, Caro Raggio, 1925
[100] Op. cit. vol. V, p. 244.
[101] Op. cit. vol. V, p. 253b.
[102] Op. cit. vol. V, p. 253b.

aporta una visión muy moderna del problema, que ha sido ampliamente tratada después por los historiadores.

En notas a pie de página la autora nos va ilustrando, y nos enseña que la voz *cacique* era sinónimo de reyes tributarios del emperador de Méjico, y aún este mismo, siendo una voz haitiana que significa *señor*.[103]

Para concluir debo decir que al final del volumen V de la edición de la BAE, bajo el epígrafe de *La mujer*, se contienen diversos artículos de nuestra autora, fechados hacia 1860, donde se hace un hermoso canto a la mujer desde el punto de vista religioso, sus cualidades de valor y patriotismo cívico, su talento para el gobierno y administración de bienes públicos, y sus capacidades científicas, artísticas y literarias, con numerosas citas bíblicas, y también referencias a personajes históricos, como Jorge Sand (sic). Nos muestra en estas páginas un ejemplo del mejor feminismo armónico, moderado, que hará las delicias de las lectoras de hoy día.

En fin, la base de todas las narraciones de la Avellaneda son bellísimas historias de amor. Si la primera que he analizado tiene relación con el amor juvenil -aunque también aparece el contraste de la valedora Pompadour, más mayor- hay un decurso que fluye hasta una consideración del amor como un sentimiento más maduro, más constante, más profundo, igualmente intenso. El tema del amor en nuestra autora viene ilustrado perfectamente por todas estas leyendas y narraciones, expresado de modo muy hermoso en diversos textos, algunos de los cuales he querido recoger aquí. El amor es el sentimiento fundamental de la obra toda de la Avellaneda, tanto de su poesía, como de su obra dramática y narrativa. El amor, como queda de manifiesto también en su sincera e intensa correspondencia, fue el sentimiento más profundo y el eje sobre el que giró toda su vida entera.

A este efecto quiero remitir al mencionado libro *Diario de amor*, que contiene una correspondencia increíblemente hermosa con Cepeda, al que considera ante todo como un profundo amigo, a quien más tarde va a requerir de amores, con un amor imposible que no llegó a cuajar.[104] La Avellaneda llora escribiendo este diario epistolar, y aún quedan rastro de sus lágrimas en el manuscrito, al decir de quien lo transcribe.[105]

En este *Diario* encontramos el tema de los amantes que tienen que esperar a la prueba de conseguir dinero, que les proporcione independencia y alcurnia para hacer efectiva la boda; este leitmotiv de su obra quizás se basó en su vida privada.[106] Pero en la realidad fue ella la que tenía que conseguir esa posición económica, identificándose por el contrario en su narrativa con el varón, a quien se pide este esfuerzo.

El mencionado *Diario* nos muestra la educación de Cuba como más permisiva para la mujer, y con mayor acceso a la cultura que Galicia, cuyo opresivo sentimiento arcaico de época le repele.[107]

Inútilmente trata de sofocar sus poderosas tensiones amatorias, no querer a nadie:

> "Hubiera yo querido mudar mi naturaleza. Creí que sólo sería menos desgraciada cuando lograse no amar a nadie con vehemencia, desconfiar de todos, despreciándolo todo, desterrando toda especie de ilusiones, dominando los acontecimientos a fuerza de preverlos y sacando de la vida las ventajas que me presentase, sin darles no obstante un gran

[103] En *Una anécdota de la vida de Cortés*, vol. V, p. 210, nota 2.
[104] *Diario de amor*, op. cit. ej. p. 38, pp. 54-55.
[105] Op. cit. p. 31.
[106] Op. cit. pp. 34-35.
[107] Op. cit. p. 36.

> precio. Yo me avergonzaba ya de una sensibilidad que me constituía siempre víctima."[108]

El amor de la Avellaneda es intenso y apasionado, lo que no dejaba de chocar con la educación y cultura de la España del XIX -en realidad en todas las naciones ocurría por igual.-

Pero prefiere el amor que comienza a través de una poderosa amistad, lo que rompía con la consideración social al uso de la mera atracción física o de la boda de compromiso. La Avellaneda tiene un sentido muy moderno del amor, busca no sólo un amante sino un compañero y un amigo, que encuentra en Cepeda: "Adiós, pues, tú que me inspiras una ternura fraternal, tú, por cuya dicha daría una parte de mi sangre, recibe mi adiós (...)"[109] Y también:

> "(...) Yo perdería mucho si tú dejases de ser mi amigo para ser mi amante. ¡Amantes!... ¡cercan tantos a una mujer joven y de tal cual mérito! Pero ¿dónde hallar un amigo como tú? ¡Amantes!... mira, me empalagan ya; esa cáfila de aduladores que asedian nuestro sexo, me parecen poca cosa aun para divertirse una un rato con sus necios galanteos. ¡Ni puedo yo creer que me amen! (...) ¡Y tal es el amor en nuestra triste y corrompida sociedad! ¿Cómo podía él existir entre nosotros? ¡Oh!, no, ¡jamás! Esos profanados nombres de amante y querida déjalos a otros y a otras. Tú serás mi amigo, yo tu amiga de toda la vida, y no debes temer que sea degradado nunca el santo carácter de nuestros vínculos (...)"[110]

Y más adelante:

> "(...) Sin esperar hacer eterna en tu alma la ilusión del amor, me lisonjeaba con creer que nunca desaparecerían de ella la amistad, el afecto profundo, que sobrevive a la juventud y aun a la muerte. Sí, a la muerte; porque el principio eterno de vida que sentimos en nosotros y que vemos, por decirlo así, flotar en la naturaleza, este soplo de la Divinidad que circula en sus criaturas, no puede ser sino amor. Amor espiritual, que no se destruye con el cuerpo, y que debe existir mientras exista el gran principio del cual es una emanación."[111]

Al final de su correspondencia insiste en que lo que busca en el amor es la ternura. Se anticipa a los conceptos recientes de la relación de pareja por tanto.[112]

Un aspecto muy interesante en el tema del amor en la Avellaneda es su espíritu moderno, pues quiere mantener vivo este sentimiento amoroso pero haciéndolo compatible con la libertad[113] -a la vez que con una relación profunda de comprensión humana y amistad íntima.- Amor como amistad. Amor en libertad, que respete el individualismo del ser romántico. ¿Había algo más subversivo en la época? La

[108] Op. cit. p. 37.
[109] Op. cit. p. 55.
[110] Op. cit. pp. 59-60.
[111] Op. cit. pp. 85-86.
[112] Op. cit. p. 143.
[113] Op. cit. pp. 81-83, 85-86, 91-92.

Avellaneda es la George Sand española, y no tiene nada que envidiar en cuanto al valor literario de su obra a ninguna escritora del resto de Europa:

> "Yo no me he casado, ni me casaré nunca; pero no es por un fanatismo de libertad, como algunos suponen. Creo que no temblaría por ligarme para toda la vida, si hallase un hombre capaz de inspirarme una estimación tal, que garantizase la duración de mi afecto. Más; tengo la convicción de que no hay dicha en lo que es pasajero, y digo, como Chateaubriand, que si tuviese la locura de creer en la felicidad la buscaría en la costumbre. El matrimonio es un mal necesario del cual pueden sacarse muchos bienes. Yo lo considero a mi modo, y a mi modo lo abrazaría. Lo abrazaría con la bendición del cura o sin ella; poco me importaría; para mí el matrimonio, garantizado por los hombres o garantizado por la recíproca fe de los contrayentes únicamente, no tiene más diferencia, sino que el uno es más público y el otro más solemne; el uno puede ser útil a la impunidad de los abusos y el otro los dificulta: el uno es más *social* y el otro más *individual*. Para mí es santo todo vínculo contraído con recíproca confianza y buena fe, y sólo veo deshonra donde hay mentira y codicia. Yo no tengo, ni tendré un vínculo, porque lo respeto demasiado; porque el hombre a quien me uniese debía serme no solamente amable, sino digno de *veneración*; porque no he hallado, ni puedo hallar, un corazón bastante grande para recibir el mío sin oprimirlo, y un carácter bastante elevado para considerar las cosas y los hombres como yo los considero."[114]

La Avellaneda se nos muestra como una persona de gran cultura y fino sentido literario, capaz de leer en francés, inglés e italiano.

En 14 de febrero de 1847 escribe muy consciente de que la poesía romántica sólo puede crearse con la inspiración de la juventud, que ha perdido con la madurez:

> "(...) ¿Quédame siquiera el talento? No lo sé; pero siento que se apagó la última chispa de la creadora llama de la poesía. Se empeñan en probarme que soy hoy más gran poeta que antes; mienten: equivocan la rima con el estro; la mano y el oído hacen los versos; la poesía necesita del corazón, y el mío es un cadáver lleno de heridas, que ya no brotan sangre."[115]

Este hecho ya lo había percibido por mi parte, como dejé constancia en mi anterior análisis de la poesía de la autora. La última Avellaneda carece de la divina inspiración de los primeros tiempos. Y además su sentimiento religioso, siempre digno y pudoroso, nunca reaccionario, parece acentuarse quizás como consecuencia del fallecimiento de su primer esposo ("Puesto que es preciso creer en algo, tener una fe, y que es absurdo y peligroso buscar esto en los hombres (...)").[116] Discute con Cepeda, que era ateo -quizás ella también lo fuera en su primera época-. Así escribe en 1847, poco después de morir su marido:[117]

---

[114] Op. cit. p. 99. La Avellaneda escribe esto el 25 de julio de 1945. Se casó dos veces: con Pedro Sabater, jefe político de Madrid, y luego con el coronel de artillería Domingo Verdugo.
[115] Op. cit. p. 102.
[116] Op. cit. pp. 108-9.
[117] Cfr. sobre el tema religioso op. cit. pp. 115-17. La cita en p. 116 y 117. Hay un *Manual del cristiano* de nuestra autora, editado por Carmen Bravo-Villasante, en Madrid, Fundación Universitaria, 1975

> "(...) Si lo que produce tales resultados es una mentira risible, preciso es que la mentira sea lo más grande que existe: que la mentira sea Dios. (...)Yo no creo que Dios condena ningún afecto noble: Dios es amor. Yo no escrupulizaré de amar (...)"

En fin, creo hace falta romper una lanza para la reedición de las obras de la Avellaneda, o al menos de sus poesías y también de estas narraciones y leyendas, que contienen todo el encanto del universo femenino y toda la magia del mejor romanticismo, con una expresión directa y sentida, muy sencilla e intensa, profundamente moderna, que merece la pena absolutamente rescatar del olvido.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

A LA POESÍA

¡Oh tú, del alto cielo
Precioso don al hombre concedido!
¡Tú, de mis penas íntimo consuelo,
De mis placeres manantial querido!
¡Alma del orbe, ardiente Poesía,
Dicta el acento de la lira mía!

Díctalo, sí; que enciende
Tu amor mi seno, y sin cesar ansío
La Poderosa voz – que espacios hiende –
Para aclamar tu excelso poderío;
Y en la naturaleza augusta y bella
Buscar, seguir y señalar tu huella.

¡Mil veces desgraciado
Quien – al fulgor de tu hermosura ciego –
En su alma inerte y corazón helado
No abriga un rayo de tu dulce fuego;
¡Qué es el mundo, sin ti, templo vacío,
Cielo sin claridad, cadáver frío!

Mas yo doquier te miro;
Doquier el alma, estremecida, siente
Tu influjo inspirador. El grave giro
De la pálida luna, el refulgente
Trono del sol, la tarde, la alborada...
Todo me habla de ti con voz callada.

En cuanto ama y admira
Te halla mi mente. Si huracán violento
Zumba, y levanta al mar, bramando de ira;
Si con rumor responde soñoliento
Plácido arroyo al aura que suspira...
Tú alargas para mí cada sonido
Y me explicas su místico sentido.

Al férvido verano,
A la apacible y dulce primavera,
Al grave otoño y al invierno cano
Me embellece tu mano lisonjera,
Que alcanzan, si los pintan tus colores,
Calor a la cielo, eternidad las flores!

¿Qué a tu dominio inmenso
No sujetó el Señor? En cuanto existe
Hallar tu ley y tus misterios pienso:
El universo tu ropaje viste
Y en su conjunto armónico demuestra
Que tú guiaste la hacedora diestra.

¡Hablas! ¡Todo renace!
Tu creadora voz los yermos puebla;
Espacios no hay que tu poder no enlace;
Y rasgando del tiempo la tiniebla
De lo pasado, al descubrir ruinas
Con tu mágica luz las iluminas.

Por tu acento apremiados,
Levántanse del fondo del olvido,
Ante tu tribunal, siglos pasados;
Y el fallo que pronuncias – trasmitido
Por una y otra edad en rasgos de oro –
Eterniza su gloria o su desdoro.

Tu genio independiente
Rompe las sombras del error grosero;
La verdad preconiza; de su frente
Vela con flores el rigor severo;
Dándole al pueblo, en bellas creaciones,
De saber y virtud santas lecciones.

Tu espíritu sublime
Ennoblece la lid; tu épica trompa
Brillo eternal en el laurel imprime;
Al triunfo presta inusitada pompa;
Y los ilustres hechos que proclama
Fatiga son del eco de la fama.

Mas si entre gayas flores
A la beldad consagras tus acentos;
Si retratas los tímidos amores;
Si enalteces sus rápidos contentos,
A despecho del tiempo, en tus anales
Beldad, placer y amor son inmortales.

Así en el mundo suenan
Del amante Petrarca los gemidos;
Los siglos con sus cantos se enajenan;
Y unos tras otros –de su amor movidos-
Van de Valclusa a demandar al aura
El dulce nombre de la dulce Laura.

¡Oh! No orgullosa aspiro
A conquistar el lauro refulgente
Que humilde acato y entusiasta admiro
De tan gran vate en la inspirada frente;
Ni ambicionan mis labios juveniles
El clarín sacro del cantor de Aquiles.

No tan ilustres huellas
Seguir es dado a mi insegura planta...
Mas –abrasada al fuego que destellas-
¡Oh genio bienhechor!, a tu ara santa
Mi pobre ofrenda estremecida elevo,
Y una sonrisa a demandar me atrevo.

Cuando las frescas galas
De mi lozana juventud se lleve
El veloz tiempo en sus potentes alas
Y huyan mis dichas, como el humo leve,
Serás aún mi sueño lisonjero,
Y veré hermoso tu favor primero.

Dame que pueda entonces,
¡Virgen de paz, sublime Poesía![118]
No transmitir en mármoles ni en bronces
Con rasgos tuyos la memoria mía;
Sólo arrullar cantando mis pesares,
A la sombra feliz de tus altares.

[118] Se llega a comparar a la Poesía con la Virgen, divinizándola.

AL MAR

Suspende, Mar, suspende tu eterno movimiento,
Por un instante acalla el hórrido bramar,
Y pueda sin espanto medirte el pensamiento
O en tu húmeda llanura tranquilo reposar.

Ni el vuelo de la mente tus límites alcanza;
Se pierde recorriendo tu vasta soledad;
Medrosa si contempla tu indómita pujanza,
Y atónita si admira tu augusta majestad.

¡Espíritu invisible, que reinas en su seno
Y oscilación perpetua le imprimes sin cesar!
¿Qué dices cuando bramas terrible como el trueno?
¿Qué dices cuando imitas doliente suspirar?

¿Al mundo acaso anuncias algún eterno arcano,
Que oculta en los abismos altísimo poder...
O luchas blasfemando con la potente mano
Que enfrenta tu soberbia, segundo Lucifer?

Coloso formidable te he visto en tu osadía,
Para escalar el cielo, montañas levantar,
Y al trueno de la altura tu trueno respondía,
Cual si el furor divino quisieses parodiar.

Mas luego -quebrantado tu poderoso orgullo-
Atleta ya vencido mirábate rendir
Y en la ribera humilde, con lánguido murmullo,
Rodabas por la arena tus orlas de zafir.

Entonces tu ribera buscaba complacida,
Gozando de tu calma mi ardiente corazón,
Y acaso los pesares de mi agitada vida
Adormeció un momento dulcísima ilusión.

Tal vez, cuando en la playa tus olas me seguían,
Mirándolas, y oyendo su plácido rumor,
-"Palacios te guardamos (pensé que me decían)
En antros solitarios, ignotos al dolor.

¡Ven, pues, a nuestros brazos! Apaga en nuestros senos
El fuego que devora tu estéril juventud...
Ven, pues, alma doliente y gozarás al menos
Lejos del mundo loco pacífica quietud!

Si a veces nos alzamos terribles y violentas,
Vorágines abriendo con hórrido rugir,

En tu alma se levantan más férvidas tormentas,
Que tu razón acaso no alcance a resistir.

¡Ven, pues; a nuestro impulso tranquila te abandona;
Que nuestras hondas simas descanso y paz te den;
De perlas y corales ciñéndote corona,
Que apague los latidos de tu abrasada sien!"

¡Oh, Mar! ¡Y cuántas veces en su fatal delirio
Tradujo así tu arrullo mi herido corazón!...
¡Y cuántas más templaste mi bárbaro martirio
Mirando de tus olas la eterna sucesión!

Así, tal vez pensaba, sucédense los días,
Tras sí llevando raudos las penas y el placer...
Que pasan cual los duelos, las fiestas y alegrías,
Y nada, ¡por ventura!, durable puede ser.

Perecen las naciones, caducan los imperios,
Y un siglo al otro siglo sucede sin cesar...
¡El porvenir tan sólo conserva sus misterios!
¡El *más allá*, que inmóvil nos mira delirar!

Pasaron, ¡Mar!, pasaron las ansias y tormentos
Que entonces me agobiaban con bárbaro tesón;
Y acaso sucedieron delicias y contentos,
Que para siempre ¡oh triste! Pasados también son.

Que nunca de tus olas agótase el tesoro,
Ni agótase en el alma la mina del dolor;
Mas huyen –y no tornan – los gratos sueños de oro,
Del alba de la vida dulcísimo favor.

Prosigue, ¡Mar!, prosigue tu eterno movimiento,
Cual sigue de mi vida la ardiente actividad,
Pues eres noble imagen del móvil pensamiento,
Que es como tú grandioso, con calma o tempestad.

Prosigue, que cual pasan tus olas formidables,
Pasan por él acaso las dudas en tropel;
Mas veo en lontananza las rocas inmutables,
Que burlan los embates de tu furor cruel.

Así la fe se eleva, y en lo interior del alma
-Mil choques resistiendo- conserva su vigor...
¡Prosigue, Mar, prosigue; y en tempestad o en calma,
Proclama la grandeza de tu divino Autor![119]

[119] El tema lo creó, para la literatura romántica española, Manuel José Quintana con el mismo título "Al mar" (1798). El poema de la Avellaneda es bien distinto, pero en él late el mismo sentimiento panteísta.

A ÉL

En la aurora lisonjera
De mi juventud florida,
En aquella edad primera
-Breve y dulce primavera,
De tantas flores vestida-

Recuerdo que cierto día
Vagaba con lento paso
Por una floresta umbría,
Mientras que el sol descendía
Melancólico a su ocaso.

Mi alma -que el campo enajena-
Se agitaba en vago anhelo,[120]
Y en aquella hora serena
-De místico encanto llena
Bajo del tórrido cielo-

Me pareció que el sinsonte
Que sobre el nido piaba;
Y la luz que acariciaba
La parda cresta del monte,
Cuando apacible espiraba;

Y el céfiro, que al capullo
Suspiros daba fugaz;
Y del arroyo el murmullo,
Que acompañaba el arrullo
De la paloma torcaz;

Y de la oveja el balido,
Y el cántico del pastor,
Y el soñoliento rumor
Del ramaje estremecido...
¡Todo me hallaba de amor!

Yo -temblando de emoción-
Escuché contento tal
Y en cada palpitación
Comprendí que el corazón
Llamaba a un ser ideal.

Entonces, ¡ah!, -de repente
-No como sombra de un sueño,

[120] Una vez más, el tema del *anhelo* romántico.

Sino vivo, amante, ardiente-
Se presentó ante mi mente
El que era su ignoto dueño.

Reflejaba su mirada
El azul del cielo hermoso,
No cual brilla en la alborada,
Sino en la tarde, esmaltada
Por tornasol misterioso.

Ni hercúlea talla tenía,
Mas esbelto -cual la palma-
Su altiva cabeza erguía,
Que alumbrada parecía
Por resplandores del alma.

Yo, en profundo arrobamiento
De su hálito los olores
Cogí en las alas del viento,
Mezclado con el aliento
De las balsámicas flores.

Y hasta su voz percibía
-Llena de extraña dulzura--
En toda aquella armonía
Con que el campo despedía
Del astro rey la luz pura.

¡Oh, alma! Di: ¿ quién era aquel
Fantasma amado y sin nombre?...
¿Un genio? ¿Un ángel? ¿Un hombre?
¡Ah! ¡Lo sabes! Era *él*;
Que su poder no te asombre.

Volaban los años, y yo vanamente
Buscando seguía mi hermosa visión...
Mas dio al fin la hora; brillar vi tu frente,
Y "es él", dijo al punto mi fiel corazón.

Porque era, no hay duda, tu imagen querida,
-Que el alma inspirada logró adivinar-
Aquella que en alba feliz de mi vida
Miré para nunca poderla olvidar.

Por ti fue mi dulce suspiro primero;
Por ti mi constante, secreto anhelar...
Y en balde el destino -mostrándose fiero-
Tendió entre nosotros las olas del mar.

Buscando aquel mundo que en sueños veía,

Surcólas un tiempo valiente Colón...
Por ti -sueño y mundo del ánima mía-
También yo he surcado su inmensa extensión.

Que no tan exacta la aguja al marino
Señala el lucero que lo ha de guiar,
Cual fija mi mente mareaba el camino
De hallar de mi vida la estrella polar.

Mas ¡ay!, yo en mi patria conozco serpiente
Que ejerce en las aves terrible poder...
Las mira, les lanza su soplo atrayente
Y al punto en sus fauces las hace caer.

¿Y quién no ha mirado gentil mariposa
Siguiendo la llama que la ha de abrasar?...
¿ O quién a la fuente no vio presurosa
Correr a perderse sin nombre en el mar?...

¡Poder que me arrastras! ¿Serás tú mi llama?
¿Serás mi océano? ¿Mi sierpe serás?...
¿Qué importa? Mi pecho te acepta y te ama,
Ya vida, ya muerte le aguarde detrás.

A la hoja que el viento potente arrebata,
¿De qué le sirviera su rumbo inquirir?...
Ya la alce a las nubes, ya al cieno la abata,
Volando, volando le habrá de seguir.

EL GENIO POETICO

A Ml RESPETABLE AMIGO EL EXCELENTISIMO SEÑOR DON JUAN
NICASIO GALLEGO

Parece, brilla, pasa la hermosura,
Cual flor que nace y muere en la mañana;
Sombra es el mando, sueño la ventura,
Humo y escoria la grandeza humana:
Las moles de arrogante arquitectura,
Con que su nombre enensalzar se afana,
Voraz el tiempo -que incesante vuela-
Con la huesa del pobre las nivela.

Ceden al peso de tan férrea mano
Torres soberbias, cúpulas doradas...
¡Los monumentos del poder romano
Ya escombros son y ruinas mutiladas!
De Menfis y Palmira en polvo vano
Se dispersan las glorias olvidadas,
¡Y de la antigua Grecia los prodigios
Dejan apenas débiles vestigios!

Piélago sin riberas ni reposo,
Hinchado de perennes tempestades,
Sigue el tiempo su curso impetuoso,
Siempre tragando y vomitando edades.
A su impulso cediendo poderoso,
En desiertos se truecan las ciudades,
Y leyes, aras, púrpura y diadema
Se hunden al fallo de su ley suprema.

Todo sucumbe a la eternal mudanza;
Por ley universal todo perece;
El genio sólo a eternizarse alcanza,
Y como el sol eterno resplandece.
Al porvenir su pensamiento lanza,
Que con el polvo de los siglos crece,
Y en las alas del tiempo suspendido,
Vuela sobre las simas del olvido.

La gloria de Marón el orbe llena;
Aún suspiramos con Petrarca amante;
Aún vive Milton, y su voz resuena
En su querube armado de diamante.
Rasgando nubes de los tiempos, truena
El rudo verso del terrible Dante,
Y desde el Ponto hasta el confín Ibero,

Retumba el eco del clarín de Homero.

Aún conservan las Musas cual tesoro
La inspiración de Sófocles profundo,
Y ornado de su trágico decoro
Se alza Racine, admiración del mundo...
Aún nos arranca Shakespeare el lloro;
Aun nos cautiva Calderón fecundo;
¡Que la palabra augusta del poeta
A la ley de morir no esté sujeta!

Pontífice feliz de la belleza,
En cuyo amor purísimo se enciende,
Domina del vulgo la rudeza,[121]
Y con soplo inmortal su culto extiende.
Le enseña arcanos mil naturaleza,
Y otra mística voz, que él solo entiende;
Porque, huésped del mundo inteligible,
Vive con lo existente y lo posible.

De cuantos seres, de su ingenio hechura,
Divinizó la griega fantasía,
Y al nombre excelso de deidad m*ás* pura
Desparecieron del Olimpo un día,
Tal sólo el culto inextinguible dura
Del númen de la hermosa poesía,
En cuyas aras el incienso humea
Por cuanto ciñe el mar y el sol otea.

¡Mil veces venturoso, ilustre amigo,
Quien como tú merece sus favores,
Y del lauro que ostentas y bendigo
Se adorna con divinos resplandores!
Bien que de lejos, tus pisadas sigo,
Llevando al ara mis humildes flores,
Y al escuchar los ecos de tu fama,
Siento que activa emulación me inflama.[122]

[121] Aunque el poeta romántico sea populista en su denfensa de la soberanía popular -en el caso de los liberales-, posee un sentido de aristocracia espiritual en el arte, que le hace distanciarse de la masa, al considerarse como un genio elegido por los dioses.

[122] Es realmente admirable el concepto que Avellaneda tiene del Arte y la Poesía. La visión posiblemente más próxima al romanticismo del resto de Europa que se da en lengua castellana, ya que como he estudiado en otro sitio, el romanticismo español posee un carácter muy ideológico, al hilo de los sucesos históricos que le tocó vivir desde antes de tener consciencia del nombre *romántico*. He estudiado que este vocablo aparece en España por vez primera en 1821 simultáneamente de la mano de Lista y de Quintana en paralelo, mientras que Corominas lo data por error a mediados del XIX en Bretón de los Herreros. En todo caso, si romanticismo y liberalismo suelen ir asociados en la cultura europea, en el caso español este binomio se da desde las Cortes de Cádiz, y el sentimiento de los liberales que luchaban, como facción diferenciada, contra el ejército napoleónico en la Guerra de la Independencia.

LA JUVENTUD DEL SIGLO

Alzando al cielo la apacible frente
Coronada de rosas,
Y con el pecho henchido de esperanza.
Mirad la juventud -cuando riente-
Del mundo por las sendas escabrosas,
Llena de fuerza y de ilusión *se* lanza.
"Dame -dice a la vida-
Los tesoros sin fin de que dispones;
Porque me siento de entusiasmo ¿ardida
Rica de fe, sedienta de emociones.
Quiero rendir a la belleza culto
Y abrasarme de amor en fuego inmenso...
Quiero rendir a la belleza culto,
De la augusta verdad llevar mi incienso...
Quiero severa perseguir al vicio,
Dando doquier a la virtud victoria,
Y -aun a costa de heroico sacrificio-
Cumplir el bien y merecer la gloria.»
Dice la juventud, y avanza, avanza
Por la ruta fatal de la existencia,
Que le fingieron, ¡ ay! clara y florida,
La deslumbrante luz de la esperanza
Y el prisma seductor de la inocencia.
¿Y qué haces, qué haces, ¡vida!
De aquel aliento altivo y poderoso?
¿Qué hace el siglo engañoso
De tan fecundas y abundantes fuentes
De entusiasmo divino? -¡Vedlo en esas
Antes de tiempo marchitadas frentes,
Que, si no ostentan del dolor el sello,
Llevan la frigidez del egoísmo!...
¡Vedlo en esas miradas,
Que indiferentes a lo grande y bello
-Que les nubla profundo escepticismo-
No son por el amor abrillantadas,
Ni en ira generosa
Se encienden contra el dolo y la injusticia;
Mas que arden, ¡ay! por fiebre contagiosa
De insaciable codicia.
¡Mísera juventud! ¡Cuán vanamente
Grandes aspiraciones
De tu instinto purísimo y valiente
Llevas a las estériles regiones
Del positivo mundo,
Que arrojando de sí como desdoro
La fe divina y el sentir fecundo,
Al Dios a quien adora -que es el oro-

Sacrifica con ciega idolatría
De lo bello la eterna poesía![123]

[123] Hermosísimo canto a la juventud romántica, lleno de idealismo, que no en vano va dedicado a Juan Nicasio Gallego, cuya poesía, como la de Quintana y la del abate Marchena, se encuentra en las lindes del neoclasicismo y el romanticismo, próxima a lo que he llamado -utilizando el término de otros estudiosos- como *protorromanticismo* o primera generación en los límites del romanticismo. La "Elegía a la muerte de la duquesa de Frías" de Gallego es un buen ejemplo, junto a los poemas de Quintana "Ariadna", y "Al mar"; o la "Epístola de Abelardo a Eloísa" y "Epístola de Eloísa a Abelardo" de Marchena. Fueron atisbos primeros de lo que luego estallaría, como en el poema de Avellaneda, ya en el romanticismo pleno, que estoy comentando.

A LA FELICIDAD

Mon âme est lasse
Du vide affreux qui la remplit.
LAMARTINE

¡Misteriosa deidad! ¡Númen sagrado,
A quien sus votos férvidos dirige,
A par del hombre que un imperio rige,
El mendigo y el siervo miserable!
¡Felicidad! mi pecho -devorado
De una necesidad fatigadora-
Convulso, triste, con afán ardiente
Tu nombre canta, tu favor implora.
Mira inclinarse mi marchita frente,
Cual flor que agosta el ardoroso estío,
Al medir, de pavor estremecida,
Este inmenso vacío
Que el alma siente en plenitud de vida.
¿Será que siembre tras su sombra vana.
Con ilusión insana,
Con necio afán y con inútil brío,
He de correr, en vértigo incesante,
Sin que su fuerza el corazón quebrante
En tanto y tanto desengaño impío?
¡Será que en el armónico conjunto
Del universo vasto,[124] el ser que piensa,
-Obra postrera del Autor Divino-,
El solo monstruo sea
Impropio a su destino;
Doquier llevando el privilegio triste
De concebir la idea
De un bien que ha menester y que no existe?

¡Cuán pérfidas han sido
Las dulces esperanzas
Que me mostraban tu fulgor fingido
En vagas lontananzas,
Dirigiendo mis votos insensatos
Allá do columbrarte presumía;
Con esfuerzos ingratos,
Desvelos y dolores,
Comprando acaso, en mi fatal porfía,
Un remedo fugaz de tus favores!

[124] Tema panteísta de la armonía universal. Avellaneda tiene también poemas a las estaciones, como "La primavera", donde muestra este rasgo de su espíritu, aunque convive con un sentido religioso de la existencia, patente en por ejemplo en "A la Virgen".

¿Dónde no te buscó mi afán sediento?[125]
Bien cual la dócil nave
Que sus tendidas flámulas presenta
A todo libre viento,
Al impulso suave
De todo generoso sentimiento
Mi pecho se ofreció. De duda exenta,
El bien buscaba en cuanto noble y bello
Pensé hallar en el mundo: rendí culto
A la tierna amistad: tu sacro sello
En el santuario del amor, oculto
Imaginó mi fascinada mente;
Y en amistad y amor te perseguía
Mi corazón ardiente.
Con delirio febril -que ahora me asombra-,
Sin comprender que al término hallaría
Tu fugitiva sombra en otra sombra.

Nunca por mis errores ultrajada,
¡Oh sublime deidad buscada fuiste,
Cual sierva vil y triste,
Al carro del poder encadenada:
Nunca pensé que fuera tu tesoro
Prez de gloria sangrienta...
Ni hacerte pude la ominosa afrenta
De imaginar que te comprase el oro.
Mas ¡ ay! miré la fúlgida aureola
Que orna del sabio la marchita frente...
Vi del genio potente
El encumbrado vuelo... y de ti sola
Juzgué que digno galardón tuviera
La gloria verdadera,
Que al bien común sus pasos encamina;
Ya cure, ya suavice los dolores,
Ya se remonte, o vague peregrina,
Del mundo entre las sombras y vapores
Buscando el sol de la verdad divina.

¡Llegad a mí, privilegiados seres:
Llegaos, pues, a revelarme ahora
Los supremos placeres
Que el saber atesora!
Hacedme ver el soberano goce
Que el genio alcanza en plácido desvelo;
Que el vulgo de los hombres desconoce;
Pero que nunca -en su perenne vuelo-
Lanza el tiempo al olvido;
Pues triunfo que conquista el pensamiento,

[125] El tema de la inquietud y la búsqueda, típico de la generación romántica, aparece claramente en Avellaneda como una forma de desasosiego espiritual.

Lo admiran al pasar siglos sin cuento,[126]
Sobre su abismo inmenso suspendido.[127]

Más ¡qué! ¿Sólo responden
Gemidos a mi voz? ¿De genio y ciencia
Los fulgores se esconden,
Y ambos exhalan ayes de impotencia?...
Oh! ¡ Qué tropel de estériles deseos
Surca esa ardiente atmósfera de gloria!
¡Cuántos vanos trofeos,
Cuánta pompa ilusoria,
El hombre allí con su miseria hermana;
Mientras escucho sin cesar zumbando
-Siglos atravesando-
Aquel tremendo y pavoroso grito,
Ultimo esfuerzo de la ciencia humana,
Que con eco infinito
Hace volar del uno al otro polo:
-*¡Es todo vanidad! ¡Vanidad sólo!*

El alma desfallece:
Cual si tornase el caos primitivo,
Todo ante mí se anubla y desvanece.
¿Qué soy? ¿A qué nací? ¿Para qué vivo?
¿Qué significa el importuno anhelo
De un *más allá*, que en perseguir me afano?...[128]
¡Yo, mísero gusano
De este mísero suelo,
Que, por más que cual águila remonte
Del pensamiento el vuelo,
Sólo he de hallar, cerrando mi horizonte,
Un sepulcro mezquino,
Donde la nada explique mi destino!

¡Contradicción horrible! No, no pudo
Engendrarte la mente soberana
Que estableció del orbe la armonía.
Tu propia desventura, ¡oh. alma humana!
Revelando tu augusta jerarquía,
Prueba que fue tu herencia
Aquel bien escondido
Que a par del fuerte anhela el desvalido;
Mas que no alcanza la mundana ciencia
Ni el insensato empeño

[126] Además de la teoría del genio, antes expuesta en estos mismos versos, el romántico es consciente de la eternidad que alcanzará su obra por ser arte sublime no perecedero.
[127] Hermosos concepto: el creador crea sobre un abismo suspendido. Byron y Shelley no podían haberlo dicho mejor.
[128] El romanticismo, ya en su *spleen vital*, se adelanta a la interrogación existencialista, patente en estos versos.

De efectos breves y precarios goces,
Que -cual visiones de engañoso sueño-
Llegan y halagan para huir veloces.

¡Misteriosa deidad! ¡ Numen sagrado!
No dejes, no, que el corazón sucumba,
Ya de anhelar y padecer cansado:
No dejes que al abismo de la tumba
Descienda sin saber cuál es la clave
De tus misterios sacros. Dime dónde
Tienes tu asiento augusto; do se esconde
Tu placentera luz, ¡astro suave!
Quién a la senda guía,
Que ilumina tu plácida aureola;
¡Quién te conoce, en fin!...
Hermosa y grave alzarse veo a la virtud.- *"Yo sola",*
Parece que responde a la voz mía
Su silencio elocuente:
"Mira la paz de mi serena frente;
Mira cuál sin moverme se quebranta
De mil pasiones el embate rudo
Bajo mi firme planta;
Mira cuál rompen en mi fuerte escudo
Su dardo los dolores;
Y entre tropel de crímenes y errores
-Que van pasando en sucesión continua-.
Mírame a mí, inmutable
Como el peñasco que la mar azota,
En sosiego inefable
Esa dicha gozar, al mundo ignota;
Mas que doquier la suerte me dirija,
Está presente a mi mirada fija.
Al *más allá* de tu incesante anhelo
Por qué señalas límite mezquino?...
¡Yo busco mi destino
Al través de la tumba, allá en el cielo!"

CONTEMPLACION

Tiñe ya el sol extraños horizontes;
El aura vaga en la arboleda umbría;
Y piérdese en la sombra de los montes
La tibia luz del moribundo día.

Reina en el campo plácido sosiego,
Se alza la niebla del callado río,
Y a dar al prado fecundante riego.
Cae, convertida en límpido rocío.

Es la hora grata de feliz reposo,
Fiel precursora de la noche grave...
Torna al hogar el labrador gozoso,
El ganado al redil, al nido el ave.

Es la hora melancólica, indecisa.
En que pueblan los sueños los espacios,
Y en los aires -con soplos de la brisa-
Levantan sus fantásticos palacios.

En Occidente, el Héspero aparece;
Salpican perlas su zafíreo asiento,
Y -en tanto que apacible resplandece-
No sé que halago al contemplarlo siento.

¡Lucero del amor! ¡Rayo argentado!
¡Claridad misteriosa! ¿Qué me quieres?
¿Tal vez un bello espíritu, encargado
De recoger nuestros suspiros, eres?...

¿De los recuerdos la dulzura triste
Vienes a dar al alma por consuelo.
O la esperanza con su luz te viste
Para engañar nuestro incesante anhelo?

¡ Oh tarde melancólica! Yo te amo
Y a tus visiones lánguidas me entrego...
Tu leda calma y tu frescor reclamo
Para templar del corazón el fuego.

Quiero, apartada del bullicio loco,
Respirar tus aromas halagüeños,
A par que en grata soledad evoco
Las ilusiones de pasados sueños.

¡Oh! si animase el soplo omnipotente
Estos que vagan húmedos vapores,

Término dando a mi anhelar ferviente,
Con objeto inmortal a mis amores!...

¡Y tú, sin nombre en la terrestre vida,
Bien ideal, objeto de mis votos,
Que prometes al alma enardecida
Goces divinos, para el mundo ignotos!

¿Me escuchas? ¿Dónde estás? ¿Porqué no puedo,
-Libre de la materia que me oprime-
A ti llegar, y aletargada quedo,
Y opresa el alma en sus cadenas gime?

¡Cómo volara hendiendo las esferas
Si aquí rompiese mis estrechos nudos,
Cual esas nubes cándidas, ligeras,
Del éter puro en los espacios mudos!

Mas ¿dónde vais? ¿Cuál es vuestro camino,
Viajeras del celeste firmamento?...
¡Ah! ¡Lo ignoráis!... Seguís vuestro destino.
Y al vario impulso obedecéis del viento.

¿Por qué yo, en tanto, con afán insano
Quiero indagar la suerte que me espera?
¿Por qué del porvenir el alto arcano
Mi mente ansiosa comprender quisiera?

Paternal Providencia puso el velo
Que nuestra mente a descorrer no alcanza
Pero que le permite alzar el vuelo
Por la inmensa región de la esperanza.

El crepúsculo huyó: las rojas huellas
Borra la luna en su esmaltado coche,
Y un silencioso ejército de estrellas
Sale a guardar el trono de la noche.

A ti te amo también, noche sombría;
Amo tu luna tibia y misteriosa,
Más que a la luz con que comienza el día,
Tiñendo el cielo de amaranto y rosa.

Cuando en tu grave soledad respiro,
Cuando en el seno de tu paz profunda
Tus luminares pálidos admiro,
Un religioso afecto el alma inunda.

Que si el poder de Dios, y su hermosura
Revela el sol en su fecunda llama,

De tu solemne calma la dulzura
Su amor anuncia y su bondad proclama!

DESEO DE VENGANZA

Soneto escrito en una tarde tempestuosa.

¡Del huracán espíritu potente,
Rudo como la pena que me agita!
¡Ven, con el tuyo mi furor excita!
¡Ven con tu aliento a enardecer mi mente!

¡Que zumbe el rayo y con fragor reviente,
Mientras -cual a hoja seca o flor marchita-
Tu fuerte soplo al roble precipita
Roto y deshecho al bramador torrente!

Del alma que te invoca y acompaña,
Envidiando tu fuerza destructora,
Lanza a la par la confusión extraña.

¡Ven... Al dolor que insano la devora
Haz de suceder tu poderosa saña,
Y el llanto seca que cobarde llora!

A LA LUNA

Tú, que rigiendo de la noche el carro,
Sus sombras vistes de cambiantes bellos,
Dando entre nubes -que en silencio arrollas-
Puros destellos.

Para que mi alma te bendiga y ame,
Cubre veloz tu lámpara importuna...
Cuando eclipsada mi ventura lloro,
¡Vélate, luna!

Tú, que mis horas de placer miraste,
Huye y no alumbres mi profunda pena...
No sobre restos de esperanzas muertas
Brilles serena.

Pero ¡no escuchas! Del dolor al grito
Sigues tu marcha majestuosa y lenta,
Nunca temiendo a la que a mí me postra,
Ruda tormenta.

Siempre de infausto sentimiento libre,
Nada perturba tu sublime calma...
Mientras que uncida de pasión al yugo
Rómpese mi alma.

Si parda nube tu luz celosa
Breve momento sus destellos vela,
Para lanzarla de tu excelso trono
Céfiro vuela.

Vuela, y de nuevo tu apacible frente
Luce, y argenta la extensión del cielo...
¡Nadie ¡ay! disipa de mi pobre vida
Sombras de duelo!

Bástete, pues, tan superior destino;
Con tu belleza al trovador inflama;
Sobre los campos y las gayas flores
Perlas derramada;

Pero no ofendas insensible a un pecho
Para quien no hay consolación ninguna...
Cuando eclipsada mi ventura lloro,
¡Vélate, luna!

CUARTETOS

Escritos en un cementerio.

He aquí el asilo de la eterna calma,
Do sólo el sauce desmayado crece...
¡Dejadme aquí; que fatigada el alma,
El aura de las tumbas apetece!

Los que aspiráis las flores de la vida,
Llenas de aroma de placer y gloria,
No piséis el lugar do convertida
Veréis su pompa en miserable escoria;

Mas venid todos los que el ceño airado
Del destino mirasteis en la cuna;
Los que sentís el corazón llagado
Y no esperáis consolación alguna.

¡Venid también, espíritus ardientes,
Que en ese mundo os agitáis sin tino,
Y cuya inmensa sed sus turbias fuentes
Calmar no pueden con raudal mezquino!

Los que el cansancio conocisteis, antes
Que paz os diesen y quietud los años...
¡Venid con vuestros sueños devorantes!
¡Venid con vuestros tristes desengaños!

No aquí las horas, rápidas o lentas,
Cuenta el placer ni mide la esperanza:
¡Quiébranse aquí las olas turbulentas
Que el huracán de las pasiones lanza![129]

Aquí, si os turban sombras de la duda,
La severa verdad inmóvil vela:
Aquí reina la paz eterna y muda,
Si paz el alma fatigada anhela.

Los que aquí duermen en profundo sueño
Insomnes, cual nosotros, se agitaron...
Ya de la muerte en el letal beleño
Sus abrasadas sienes refrescaron.

Amemos, pues, nuestra mansión futura,
Única que tenemos duradera...

---

[129] Pasionalismo torrencial amoroso de la Avellaneda.

¡Que ilusión de la vida es la ventura,
Mas la paz de la muerte es verdadera!

MI MAL[130]

Soneto

A...

En vano ansiosa tu amistad procura
Adivinar el mal que me atormenta;
En vano, amigo, conmovida intenta
Revelarlo mi voz a tu ternura.
Puede explicarse el ansia, la locura
Con que el amor sus fuegos alimenta...
Puede el dolor, la saña más violenta,
Exhalar por el labio su amargura...
Mas de decir mi malestar profundo,
No halla mi voz, mi pensamiento medio,
Y al indagar su origen me confundo:
Pero es un mal terrible, sin remedio,
Que hace odiosa la vida, odioso el mundo,
Que seca el corazón... ¡En fin, es tedio!

[130] José María Castro y Calvo señala en su edición de la BAE que con este poema termina el tomo primero de sus poesías publicadas a finales de 1841 con un prólogo de Juan Nicasio Gallego.

DIOS Y EL HOMBRE[131]

¡Mirad al hombre! Del tupido velo
Que a la naturaleza envuelve inmensa
Levanta apenas -con incierta mano-
Un extremo no más, ya iluso piensa
Que toda la amplitud de tierra y cielo
Le viene estrecha a su saber, y ufano
Erigir osa a su razón mezquina
Tribunal soberano,
Citando ante él a la razón divina.

"-¿Quién eres?-dice a Dios- ¿Cuál es tu esencia?
¿Por qué naturaleza no la explica?
Sus leyes estudió mi inteligencia,
Y en ellas nada de tu ser me indica
La inefable sustancia,
Ni de tu decantada providencia
Los designios profundos. ¿La ignorancia
Será quién deba tributarte culto,
Y al genio siempre y a la ciencia oculto,
Dejarás en problema
Ante sus luces tu verdad suprema?

Origen te proclaman
Del orden y del bien, y cuanto veo
Es desorden y mal. Justo te llaman,
Y me consume estéril el deseo
De comprender de tu justicia oscura
La marcha silenciosa.
En balde por tu gloria te conjura
Mi mente, codiciosa
De la eterna verdad, que tus arcanos
Le descubras sublimes:
Sordo te encuentran mis clamores vanos,
Y ni en las obras de tu diestra, mudas,
El sello augusto de tu nombre imprimes;
Cual si gozases en mirar las dudas
Luchar del hombre en el inquieto seno,
¡Tú, que te llamas poderoso y bueno!

No más, no más en ignorancia ciega
Adoraré rendido
A un Dios desconocido,
Que a concordar con mi razón se niega.
Si no eres vano nombre,

[131] Inspirado en el *Libro de Job*.

Haz que yo sepa, sin tardar, quién eres;
Pues nace altivo, inteligente el hombre.
Y si su amor y su homenaje quieres.
Debes hacer que su razón lo. mande,
Al verte bello, al comprenderte grande."

Así al Saber Supremo
Dicta leyes su hechura limitada,
Y de bondad por inefable extremo,
Para curarla de su orgullo infando,
Así confunde a la razón osada
-Allá en su propio seno resonando-
Aquella voz que fecundé a la nada.

"-Tú, que cuenta me pides
De mis hondos designios; tú, que dudas.
Si a tu razón se esconde,
De mi propia existencia; tú, que mides
Mi justicia eterna, y en mis dominios
Juzgas del orden y del bien: responde!
Tus sabios, tus astrónomos profundos,
¿Podrán decir cómo hago inalterable
La eterna ley, que de infinitos mundos
-Que corren el espacio inmensurable-
El movimiento y curso determina,
Sin que choquen jamás en rudo encuentro;
Y por qué los fecunda e ilumina
Encadenado un sol en cada centro?

"¡Loco mortal, a quien hinchado miro
Del prestado poder que de mi tienes!
¿Puedes del Oröon turbar el giro
O a las brillantes pléyadas detienes?
¿Puedes, siquiera, conocer la tierra
Que desdeñoso huellas? ¿Quién su base
Describirte sabrá?- ¿Quién hay que tase
Los tesoros que encierra?...
Un imperio tras otro desaparece,.
Y mil generaciones
Pasan por ella y en su seno se hunden;
Ella sola no cambia ni envejece,
Y sus preciosos dones
Con orden inmutable se difunden
Por las varias regiones
Que fertiliza el sol. -Aquí presenta
Prados herbosos, selvas primitivas;
Allá el capricho de su fuerza ostenta
En colinas altivas,
Que decora con rasgos pintorescos;
Allá borda de valles las honduras;

Más acá ofrece los asilos frescos
De grutas silenciosas;
Ora se extiende en plácidas llanuras;
Ora se ensancha en playas arenosas;
Allí se muestra en sotos y florestas;
Acá, en bosques umbríos;
Y allá -ostentando sus potentes bríos-
Encumbra montes de nevadas crestas.

¿Qué paternal desvelo,
Qué sabia providencia,
Con tal magnificencia
Dotó al grosero y despreciado sucio
De ese globo que habitas?
¿Quién lo sembró de vírgenes metales?
¿Quién lo cubrió de especies infinitas,
De útiles vegetales,
Apropiados a climas diferentes?...
¡Mira mecer las palmas y las cañas
Las brisas de los trópicos ardientes,
Mientras en selvas y ásperas montañas
-Resistiendo al tesón de vientos fieros-
Negros abetos, pinos seculares,
Se levantan austeros
Bajo los crudos círculos polares!

¿Quién te dirá cómo del hondo seno,
Que mi espíritu henchía,
Brotó con voz de trueno
La mar amenazante,
Y cómo Yo de nieblas la cubría,
Cual envuelve la madre al tierno infante?
Alzó arrogante la espumosa frente,
Robando al sol fulgentes aurëolas;
Mas, ¿quién se halló presente
Cuando la dije: -Tu pujanza enfrena,
Y a romper ve las atronantes olas
En aquel dique de movible arena?-

¿Sabes por qué vapores incesantes,
Que recoge la atmósfera encendida,
De ese su seno líquidos se exhalan,
Y en las nubes flotantes
La masa de las aguas suspendida,
Sólo desciende al suelo gota a gota.
En bienhechora lluvia convertida;
Mientras de las altísimas montañas
Se precipita en rápidos torrentes,
Penetra de la tierra las entrañas,
Y formando -con linfas trasparentes-

Arroyos mil y ríos caudalosos,
Recorre murmurando el campo verde,
Con giros tortüosos,
Hasta volver al mar en que se pierde?

¡Juez de mi providencia, que intimas
Su imperfección y que mi plan corriges!
¿Eres tú quién diriges,
Según conviene a los diversos climas,
Los vientos voladores,
Y a disipar mefíticos vapores
Lanzas el rayo, que estallando dice,
Con su hórrido estampido:
-¡Gloria, Señor! Ya estás obedeciendo?-

¿Coronada de flores
Sale a tu voz la primavera hermosa.
A preparar la tierra -que reposa-
Del abrasado estío a los ardores?
¿O acata, acaso, tu poder visible
El invierno aterido,
Haciendo le preceda
Con orden infalible
El otoño, de pámpanos ceñido?

¿A las linfas saladas,
Y a las ondas insípidas del río,
Lanzaste las especies animadas
Con variedad que pasma al pensamiento,
Y a cada cual con diligente mano
Preparaste sustento?...
¿Por ti de aceite saludable llena
Se agita entre el hervor del océano
La colosal ballena?...
¡Mira cuál brota de sus ojos llamas
Si la distancia de la presa mide!
¡Mira, si airada eriza las escamas,
Montes alzar en el ecuóreo llano,
Y si con lento paso lo divide,
Darle de la vejez el color cano!

Por las libres regiones
Del aire que respiras,
¿Esparces con tu diestra creadora
Las volubles legiones
De tantas aves, que indolente miras?...
¿Les concediste tu la voz canora?...
¿Te deben los instintos
Porque se multiplican y alimentan
Y los colores vívidos que ostentan

-En matices distintos-
Sobre el esmalte de sus leves plumas;
O tu saber las guía
Cuando -al llegar las invernales brumas-
Dejan del Norte la región sombría,
Y atraviesan el mar tras los ardores
Del refulgente sol del Mediodía?...
¡Mira cómo desprecia los furores
Del caprichoso viento
El águila real, las soledades
Surca del éter, en sublime asiento
Para el vuelo atrevido,
Y entre nubes que envuelven tempestades

Labra el robusto nido,
De la desierta roca
En las ásperas puntas suspendido;
Mientras el avestruz, de pluma poca,
-Que nunca se alza a la región vacía-,
Por otro instinto poderoso y cierto,
Su cara prole fía
A la infecunda arena del desierto!

Un momento contempla
De los brutos la inmensa muchedumbre.
En ninguno verás que falte o sobre
Un miembro necesario.
Estos de imponderable mansedumbre;
Aquéllos de carácter sanguinario;
Tímidos unos, otros atrevidos;
Pesados unos, otros diligentes;
Todos están armados y vestidos
Cual requieren sus usos diferentes,
El destino especial que les señalo
Y el clima y el lugar do los instalo.
No por tus artes enseñado ha sido
El castor industrioso,
Ni el corcel generoso
-Que sufre lo domines-
Te debe aquel valor con que al sonido
De la trompa guerrera,
Sacudiendo las crines,
La nariz dilatando,
Se lanza al campo en rápida carrera.
De espuma y de sudor huellas dejando.

Cuanto tu vista admira
Y cuanto puede concebir tu idea,
Es átomo mezquino
Del universo en el grandioso seno;

Más tú ¡mortal! que de mi ser divino
Inquirir osas- de arrogancia lleno-
Secretos inefables, confundida
Verás por las partículas más leves
Tu razón desvalida,
¡Si a analizar este átomo te atreves!
De la naturaleza -que presumes,
Iluso, conocer- al ser más pobre
Comprender y explicar quieres en vano...
Esa flor que te brinda sus perfumes,
Ese mosquito que aplastó tu dedo,
Ese que huellas, mísero gusano,
¡Misterios son en que abismarte puedo!

¿Y no eres un abismo,
¡Oh, átomo pensador! para ti mismo?...
Naturaleza doble en ti se encierra:
De un rayo de mi mente iluminado,
Eres rey de la tierra;
Mas de esa tierra mísera formado.
Materia deleznable
Y espíritu soberbio,
Grande y pequeño, fuerte y miserable,
Suspenso entre la nada
Estás y el infinito,
Y en tu razón -tan pobre y limitada-
Llevas augusto privilegio escrito.
¡Trémulo ante tan grandes maravillas,
Que entrever logra tu asombrada mente,
Dobla, ¡mortal! sumiso las rodillas,
Posternando la frente,
Y acatando rendido

De mi sapiencia el insondable arcano!
Mas no alces atrevido,
Hasta mi trono el pensamiento insano;
Que aunque el astro de fuego
Su luz te envía en rayos bienhechores,
Si le osas contemplar, quedarás ciego
Sombras no más hallando en sus fulgores.

En tu alma de mi ser grabé la idea,
Y -rindiendo a su Autor digno homenaje-
Naturaleza emplea
Universal, magnífico, lenguaje.[132]
De un polo al otro, en sus miserias claman
Los hombres a su Dios. La tierra, el cielo,
Las noches y los días

[132] Nótese la grandiosidad del espectáculo que se diseña en este poema, que intenta armonizar el sentimiento panteísta admirativo de la autora, con la ortodoxia religiosa.

Mi poder y bondad doquier proclaman...
Y mi nombre preludian en el suelo
Multitud de armonías,
Que ofuscarán de tu razón el brillo
Superando tu ciencia,
Mas en las que halla el corazón sencillo
Poderosa elocuencia.
Es mi nombre *¡El que Es!* -¡Que confundido
-Ante el misterio de tan alto nombre-
Entre esas obras de mi augusta diestra
El humano saber calle y se asombre;
Pues su ciencia mayor alcanza y muestra,
Al conocer su pequeñez, el hombre!"

A LA MUERTE DEL JOVEN Y DISTINGUIDO POETA D. JOSE DE ESPRONCEDA

Horno sicut foenum dies ejus,
tamquam flos agris sic efflorebit.
Salmo CII

No son de otoño los postreros días,
Cuando del árbol amarillas hojas
Con leve ruido desprendidas caen,
Para alfombrar la tierra ya desnuda...
No luce un sol que se despide triste
De la naturaleza inerte y muda,
Que el luto espera, que el invierto viste;
Ni allá, vagando el viento
Del bosque en la que fue grata espesura,
Se querella con pérfido lamento
Al esparcir sus restos de verdura.

No, que sereno y trasparente el cielo
A la tierra sonríe:
El céfiro en su vuelo
Derrama placidísimos olores;
Por el verdor naciente
-Esmaltado de vívidos colores-
Desliza su cristal sonora fuente;
¡Y las alegres aves
-Del sol triunfante al encendido rayo-
Proclaman, en sus cánticos suaves,
La alegre vuelta del risueño mayo!

Todo parece movimiento y vida:
Naturaleza ufana,
De amor, de luz y de fragancia henchida,
Corno virgen amante se engalana,
Que de las nupcias el instante espera;[133]
Y al contemplar su pompa el hombre duda
Si ha de ser sólo breve y pasajera,
O si en ella saluda
-A su estado feliz restituido-
La eterna gala del edén perdido.

Enajenada escucho cual circula
El himno universal... -Mas ¿qué sonido
Fúnebre, aterrador, súbito llega
A mezclarse al placer con que me adula

[133] Es muy adecuado que Avellaneda sitúe la muerte del poeta Espronceda en un ámbito panteísta.

La primavera hermosa?... El bronce herido
En prolongado son al aire entrega
Un eco de dolor... ¡Un hombre expira!...
Para esos ojos que la muerte cierra,
Del sol ardiente la inexhausta pira
No tiene ya ni un rayo de esperanza;
Y mientras viste de verdor a tierra,
Y es del cielo la luz más bella y pura,
De un Dios inexorable la venganza
A su mejor hechura
¡Certero el dardo de la muerte lanza!

¿Y este suelo -do mora
El hombre infortunado-
Ni un suspiro tributa a su agonía?...
¿La criatura noble y pensadora,
El ser privilegiado
-Que rey del mundo iluso se creía-
Acaba, y ni una flor se descolora,
Ni un eco de pesar imita el viento?...[134]
¡Todo sigue su curso, nada advierte
Que un ser de menos la natura cuenta...
Y el astro autor de vida y movimiento,
Cual gozoso del triunfo de la muerte,
Sobre la tumba su esplendor ostenta!

¡Oh, verdadero rey del universo!
¡Parca cruel! ¿Tu inexorable mano
Qué desgraciada víctima señala?
Mas, ¡ay!, pregunta mi dolor en vano;
Sólo un gemido el corazón exhala,
¡Y no osa el labio articular el nombre
Del que era un genio ayer *y* ya no es hombre!
¿Cómo ha segado la fatal guadaña
Tanta esperanza en flor?... ¡El tibio otoño
Tampoco para él llegado había,
Que -gloria dando *y* esplendor a España-
Bello su sol de juventud lucía!

.....

La multitud veloz el templo invade,
Y del cadáver amarillo en torno
Se apiña silenciosa y aterrada.
¡Así contempla el labrador con pasmo
La altiva encina, de la selva adorno,
Por la tormenta súbita tronchada!

[134] Toda la obra de Avellaneda constituye una profunda reflexión sobre la muerte. El tratamiento tiene influencia barroca en su trasfondo, pero un carácter más peculiarmente romántico en su estilo, que indaga en el sentido de la vida de un modo que anticipa al existencialismo.

¡Ved! Cual la escarcha fría
Por siempre yace la inspirada frente,
Que de Byron el lauro refulgente
Recibir merecía.
¿Cómo calla la voz cuya armonía
El ángel de los cantos envidiara?
¿Qué se hizo la luz clara
-Reveladora de alta inteligencia-
Que fulguraba en sus brillantes ojos?...
¿ Será eterna la ausencia
De la vida, ¡gran Dios!, y esos despojos
-Que va a tragarse el sempiterno olvido-
Se llevarán al pensamiento helado,
Como un astro apagado
Por espacios incógnitos perdido?

¡Blasfemia horrible!... ¡Loco pensamiento!
¡Jamás mi mente a tu ilusión sucumba!...
¿La nada invocaré con torpe acento
Del genio ante la tumba?...
¿Quién la bondad suprema
Podrá ultrajar con tan odiosa duda?
¿Quién su justicia dejará en problema
Ante el estrago de la muerte muda?...
A ti -que viertes en el triste lecho
Del humano que expira
Bálsamo dulce de consuelo y calma-
¡Oh esperanza final! a ti saluda
Con rudos sones mi enlutada lira;
A ti se acoge en su dolor el alma.

Rindióse el cuerpo deleznable al peso
Del espíritu inmenso que oprimía,
Y ya el ilustre preso
-Que rota deja la coyunda impía-
Con libre vuelo sube
Al foco de la eterna Inteligencia,
Donde su centro y su reposo obtiene...
Tal de las flores la exquisita esencia
Se alza y se extiende en invisible nube,
Cuando rompe el cristal que la contiene.
¡Ay! de aquel genio las fulgentes alas
Se lastimaban con el roce duro
De la materia frágil y grosera,
Que lo encerraba, cual estrecho muro.
Asaz sufriste ¡ oh mísero! no era
La tierra tu morada. La profunda
Sed de goces y amor, que desdeñaba
Mezquinas fuentes de la tierra inmunda;

El inmenso vacío
Del insondable corazón; el tedio,
Que con su diente inexorable y frío
Te envenenaba heridas sin remedio...[135]
¡Todo a su fin llegó! ¡Todo ha cesado!
Mientras a tributarte estéril lloro
Al templo vamos con incierta planta,
De ángeles puros el celeste coro,
Pulsando el arpa de oro,
¡Tal vez tu entrada en el empíreo canta!

¡Quiéralo el Ser eterno! Ya en pedazos
De la materia vil los torpes lazos,
Triunfa, ¡alma desterrada! alegre vuelva
A las regiones de la etérea lumbre,
Que jamás nube tempestuosa vela,
Y ve vagar -bajo su excelsa cumbre-
Aqueste globo, a tu ambición estrecho,
Que a la palabra del Señor un día
-Cual hoy sucede a tu corteza fría-
En polvo y humo volará deshecho.

[135] Retrato del *spleen vital* romántico, y el pavor ante la nada, que apenas supera con un mensaje cristiano al final.

LA VENGANZA

INVOCACION A LOS ESPIRITUS DE LA NOCHE[136]

¡Callados hijos de la noche lóbrega!
¡Espíritus amantes del pavor,
Que la venganza alimentáis recóndita
Y esfuerzo dais al criminal amor!
¡Númenes mudos de asechanzas pérfidas,
Protectores del odio y la traición,
Que disipáis vacilaciones tétricas
De flojo miedo y necia compasión!
¡Los que en las selvas solitarias, lúgubres,
Dais al bandido el rápido puñal,
Y los gemidos sofocáis inútiles
Del que a su golpe sucumbió mortal!
¡Ministro del error! ¡Del crimen súbditos!
¡Atended! ¡Atended! ¡Volad! Volad!
Que ya la hora sonó de ansiado júbilo,
Y sus puertas abrió la eternidad.
Dejad los antros de la inmunda crápula,
Do prodigáis mezquina inspiración,
Y el blando sueño de la virgen cándida
No perturbéis con lúbrica visión;
Ni atormentéis vigilias del ascético;
Ni adustos con la esposa criminal,
La hagáis soñar que se convierte en piélago
De hirviente sangre el tálamo nupcial;
Ni a inicuos jueces las inultas víctimas
Reproduzcáis en lúgubre escuadrón;
Ni al vil logrero la indigencia lívida,
Lanzando en él terrible maldición.
¡Más digno fin, placeres más insólitos,
Hoy os preparo, espíritus sin luz!
¡Momentos son a vuestras ansias prósperos
Los que esta noche envuelve en su capuz!
Su trono se alza esplendoroso de ébano
Y los vientos se duermen a sus pies.
Y su honda paz, como la paz del féretro,
Profunda, fría y sin sonido es.
Ved las estrellas de su imperio prófugas;

[136] La edición de Castro y Calvo, p. 276, lleva esta nota: "Esta composición es fragmento de un pequeño poema, que la autora se entretenía en escribir el año 1842 y que hizo pedazos algún tiempo después. Las instancias de sus amigos, prendados de la novedad y armonía que atribuían al metro de este trozo, lo salvaron de la destrucción a que fue condenado el resto de su obra, y le dan hoy una página en el presente volumen."

Ved cuál cubre la luna su dosel.
Y el manto azul de la celeste bóveda
Negro se vuelve, en protegeros fiel.
El eco duerme en sus asilos cóncavos;
Duerme en la sombra el céfiro fugaz...
Mi odio tan sólo vela, y mira atónito
La para él desconocida paz.
Ningún rumor en el silencio fúnebre
El negro arcano revelar podrá...
¡Sólo a vosotros, del misterio númenes,
La muda voz os felicita ya!
¡Venid! ¡Venid, que de rencores grávida
Siento esta frente, que miráis arder,
Y un lauro pide, que refresquen lágrimas
Para templar su acerbo padecer!
¡Venid! ¡ Venid, espíritus indómitos!
¡De horror y duelo este recinto henchid!...
Venid, las alas sacudiendo próvidos,
A enardecer mi corazón, ¡ venid!
¡Venid, venid! Del enemigo bárbaro
Beber anhelo la abundante hiel...
¡No más insomnes velarán mis párpados,
Si a él se los cierra mi furor cruel!
¡Dadle a mis labios, que se agitan ávidos,
Sangre humeante sin cesar, corred!
¡Trague, devore sus raudales rápidos,
Jamás saciada, mi ferviente sed!
Hagan mis dientes con crujidos ásperos
Pedazos mil su corazón infiel,
¡Y dormiré, cual en suntuoso tálamo,
En su caliente, ensangrentada piel!
Al retratar tan plácidas imágenes,
Siento de gozo el corazón latir...
¡Espíritus de horror, no pusilánimes
Dejéis mi sangre inútilmente hervir!
Si en estos campos solitarios, áridos,
Queréis tener magnífico festín
Dadme sus miembros, dádmelos escuálidos,
Y en ellos mi hambre se apaciente al fin.
¡Ministros del terror! ¡Del crimen súbditos!
¡Atended! ¡Atended! ¡Volad! ¡Volad!
¡Que ya la hora sonó de ansiado júbilo,
Y sus puertas abrió la eternidad!

A UNA ACACIA

Arbol que amé! Te reconozco: en vano
El ábrego inclemente, el bóreas ronco.
Con empeño tirano
Contra tu pompa y majestad conspiran,
Y en torno hacinan de tu mustio tronco
Tus hojas, ¡ay! que murmurando giran.

Te reconozco, sí; que tu mudanza
No es mayor, no, que la mudanza mía.
Marchita, cual tus ramas, mi esperanza;
Perdida, cual tus hojas, mi alegría;
Más que te quiso en tu verdor florido,
-Cuando, cual tú, lozano se sentía-[137]
Hora te quiere el corazón herido,
Contemplando tu duelo
Bajo ese opaco y macilento cielo.

¡Ay! Que también sus bóvedas etéreas
A mudanza cruel condena el hado...
Hoy luce un sol nublado
Entre sombras aéreas,
Que dudoso color visten al día;
Y en el blando sosiego de la noche,
-Bajo tu copa umbría-
En otro tiempo he visto placentera
Surcar la luna, en esmaltado coche,
El campo azul de la tranquila esfera.

Entre tus ramas trémulas, su rayo
Filtraba puro a iluminar mí frente;
Mientras que el aura del risueño mayo,
En gratos sones de mi lira ardiente,
Rápida difundía
Un nombre dulce, de inefable encanto...
Que sorda murmuró la fuente fría,
Que el ave insomne repitió en su canto,
Y allá distante -en el herboso hueco
De la gruta sombría-
Volvió a mi oído melodioso el eco.

¡Liras del corazón! ¡Voces internas!
¡Divinos ecos del celeste coro

[137] Otro tema típico de Avellaneda es el contraste entre la belleza de la juventud -reflejo del éxito social que por este motivo y por su talento, tuvo en el Madrid literario de época- y la caducidad del otoño de la vida. Es una variante significativa del leitomotiv del paso del tiempo. Constituye en el fondo una añoranza de la eterna juventud; juventud que es la que define a los románticos.

En que glorias sin fin, dichas eternas
E inagotable amor, en arpas de oro
Cantan los serafines abrasados,
En alfombra de soles reclinados!
¡Oh, cómo entonces en el alma mía
Resonar os sentí! Del pecho hirviente,
Cual rápido torrente,
Brotaba sin cesar la poesía...
Y un santo juramento
-Que el labio apenas pronunciar osaba-
En alas del amor al firmamento
Desde el fogoso corazón volaba,
Allá en el infinito
Su inmenso porvenir buscando escrito.

¿Y de esta suerte pudo
Mentir el alma y engañar el cielo?
¿Una efímera flor -lujo del suelo-
Es de la dicha triste simulacro,
Y en un alma inmortal el fuego sacro
Del sentimiento vívido y profundo
Existe y muere sin dejar señales,
Cual árbol infecundo
O como planta en yermos arenales?...

¿Dó llevaron los vientos
Tantos de amor dulcísimos acentos,
Tantos delirios de esperanza bella?
Aquellas dulces horas
Que fueron, ¡ay!, cual deliciosas, breves,
¿Adónde huyeron sin dejar ni huella?...
Al sacudir sus alas bramadoras
Entre tus hojas leves,
¡Árbol querido! el aquilón sañudo
-Que envuelto en nieblas por los aires zumba-
Cual tu tronco, desnudo
Dejó mí corazón, y mis amores
Con tus marchitas flores
Hundió a la par en ignorada tumba.

Igual hado nos cabe:
Por eso te amo y a buscarte vuelvo
Cuando te deja su verdor süave,
Que pasajero fue, cual la esperanza
De mi ya mustio corazón. La suerte
De tu pompa fugaz también alcanza
A mis dichas mezquinas;
Y el astro sin calor, que alumbra inerte
Tus míseras ruinas,
La imagen es del pálido recuerdo

De aquel amor que para siempre pierdo.

Mas volverá, con mayo,
La alegre primavera,
Y tu beldad primera
Tornará a darte el sol...
Sucederán las auras
A vientos bramadores,
Y a lívidos vapores
Las nubes de arrebol.

De la africana costa,
Do vaga peregrina,
Veloz la golondrina
Te volverá a buscar;
Que en tus pobladas ramas.
Bajo dosel florido,
Vendrá a labrar su nido,
Atravesando el mar.

Y en torno revolando
De tu frondosa copa,
Verás alegre tropa
De pajarillos mil...
Y con aromas puros
-Que al florecer exhalas-
Perfumarás las alas
Del céfiro gentil.

¿Por qué llorar tu suerte?
¿ Por qué gemir tu duelo?
Que te marchite el hielo,
Te azote el aquilón...
Tus gérmenes de vida
No agotan sus rigores;
Cual tus perdidas flores
Las que recobras son.
De un verdor te desnudas,
Y otro verdor te cubre;
Lo que te quita octubre,
Te restituye abril.
Hoy eres a mis ojos
Vestigio abandonado,
Mañana honor del prado
Y orgullo del pensil.

¡Mas nunca reverdecen
Marchitas ilusiones!
¡No tiene estaciones
Los yermos del dolor!

A revivir ni un día
Ningún poder alcanza
De efímera asperanza,
La deshojada flor!

¿Qué sol habrá que venza
Al desengaño esquivo,
Y su calor nativo
A un alma yerta dé?...
El fuego que a natura
De vida ardiente inflama,
¡No enciende, no, la llama
De la extinguida fe!

¡Sufre los aquilones,
Oh árbol afortunado,
Que a restaurarte -tras su soplo helado-
El dulce aliento del Favonio esperas!
Cuando esa, que depones,
Pompa gentil te restituya mayo,
Y tus flores primeras
Broten del sol al fecundante rayo,
La triste lira mía
No templaré para cantar tu gloria,
Ni una insana memoria
Vendré a abrigar bajo tu copa umbría...

Mas pueda entonces, pueda,
Rica de aromas, de verdor y flores
(¡Esta esperanza a mi dolor le queda!),
Sombra prestar a mi sepulcro frío...
Y cuando torne el aquilón impío
A marchitar tus plácidos colores
Las ramas melancólicas inclina
Sobre mi humilde losa;
Y en hora silenciosa,
-Cuando la noche lóbrega domina
Las lánguidas esferas
Y esparce su narcótico beleño-
Que tus hojas postreras
Giren en torno, y a mi eterno sueño
Con lúgubre murmullo
Benignas den el postrimer arrullo!

A LA LUNA

Imitación de Byron

¡Sol que triste vela!
¡Astro de lumbre fría,
Cuyos trémulos rayos, de la noche
Para mostrar la sombra sólo brillan!

¡Oh, cuánto te semejas
De la pasada dicha
Al pálido recuerdo, que del alma
Sólo hace ver la soledad sombría!

Reflejo de una llama
Ya oculta o extinguida,
Llena la mente, pero no la enciende:
Vive en el alma, pero no la anima.

Descubre, cual tú, sombras
Que esmalta y acaricia;
Y como a ti, tan solo la contempla
El dolor mudo en férvida vigilia.

EPITAFIO

Para grabarse en la tumba de un escéptico

Imitación de Parny

Tuvo el que yace aquí cordura extrema;
Para evitar error dudó de todo:
La existencia de Dios puso en problema,
Y -dudando vivir- vivió a su modo.
Cansado al fin de caos tan profundo
Huyó por esta puerta diligente,
Para ir a preguntar al otro mundo
Lo que en este creer cuadra al prudente.

AL DESTINO

Escrito estaba, sí: se rompe en vano
Una vez y otra la fatal cadena,
Y mi vigor por recobrar me afano.
Escrito estaba: el cielo me condena
A tornar siempre al cautiverio rudo,
Y yo obediente acudo,
Restaurando eslabones
Que cada vez más rígidos me oprimen;
Pues del yugo fatal no me redimen
De mi altivez postreras convulsiones.

¡Heme aquí! ¡Tuya soy! ¡Dispón, destino,
De tu víctima dócil! Yo me entrego
Cual hoja seca al raudo torbellino
Que la arrebata ciego.
¡Tuya soy! ¡Heme aquí! ¡Todo lo puedes!
Tu capricho es mi ley: sacia tu saña...
Pero sabe, ¡oh cruel!, que no me engaña
La sonrisa falaz que hoy me concedes.

LA NOCHE DE INSOMNIO Y EL ALBA

FANTASIA

Noche
Triste
Viste
Ya,
Aire,
Cielo,
Suelo,
Mar.
Brindándole
Al mundo
Profundo
Solaz,
Derraman
Los sueños
Beleños
De paz;
Y se gozan
En letargo,
Tras el largo
Padecer,
Los heridos
Corazones,[138]
Con visiones
De placer.
Mas siempre velan
Mis tristes ojos;
Ciñen abrojos
Mi mustia sien;
Sin que las treguas
Del pensamiento
A este tormento
Descanso den.
El mudo reposo
Fatiga mi mente;
La atmósfera ardiente
Me abrasa doquier;
Y en torno circulan
Con rápido giro
Fantasmas que miro
Brotar y crecer.
¡Dadme aire! Necesito
De espacio inmensurable,

[138] La afectividad pasional define el temperamento de Avellaneda.

Do del insomnio al grito
Se alce el silencio y *hable!*
Lanzadme presto fuera
De angostos aposentos...
¡Quiero medir la esfera!
¡Quiero aspirar los vientos!
Por fin dejé el tenebroso
Recinto de mis paredes...
Por fin, ¡oh espíritu!, puedes
Por el espacio volar...
Mas, ¡ ay!, que la noche oscura,
Cual un sarcófago inmenso,
Envuelve con manto denso
Calles, campos, cielo, mar.
Ni un ceo se escucha, ni un ave
Respira, turbando la calma;
Silencio tan hondo, tan grave,
Suspende el aliento del alma.
El mundo de nuevo sumido
Parece en la nada medrosa;
Parece que el tiempo rendido
Plegando sus alas reposa.
Mas ¡qué siento!... ¡Balsámico ambiente
Se derrama de pronto!... El capuz
De la noche rasgando, en Oriente
Se abre paso triunfante la luz.
¡Es el alba! Se alejan las sombras.,
Y con nubes de azul y arrebol
Se matizan etéreas alfombras,
Donde el trono se asiente del sol.
Ya rompe los vapores matutinos
La parda cresta del vecino monte;
Ya ensaya el ave sus melifluos trinos;
Ya se despeja inmenso el horizonte.
Tras luenga noche de vigilia ardiente
Es más bella la luz, más pura el aura...
¡Cómo este libre y perfumado ambiente
Ensancha el pecho, el corazón restaura!
Cual virgen que el beso de amor lisonjero
Recibe agitada con dulce rubor,
Del rey de los astros al rayo primero
Natura palpita bañada de albor.
Y así, cual guerrero que oyó enardecido
De bélica trompa la mágica voz,
Él lanza impetuoso, de fuego vestido,
Al campo del éter su carro veloz.
¡Yo palpito, tu gloria mirando sublime,,
Noble autor de los vivos y varios colores!
¡Te saludo si puro matizas las flores!
¡Te saludo si esmaltas fulgente la mar!

En incendio la esfera zafírea que surcas,
Ya convierte tu lumbre radiante y fecunda,
Y aún la pena que el alma destroza profunda,
Se suspende mirando tu marcha triunfal.
¡Ay! de la ardiente zona do tienes almo asiento,
Tus rayos a mi cuna lanzaste abrasador...
¡Por eso en ígneas alas remonto el pensamiento,
Y arde mi pecho en llamas de inextinguible amor!
Mas quiero que tu lumbre mis ansias ilumine,
Mis lágrimas reflejen destellos de tu luz,
Y sólo cuando yerta la muerte se avecine
La noche tienda triste su fúnebre capuz.
¡Qué horrible me fuera, brillando tu fuego fecundo,
Cerrar estos ojos, que nunca se cansan de verte;
En tanto que ardiente brotase la vida en el mundo,
Cuajada sintiendo la sangre por hielo de muerte!
¡Horrible me fuera que al dulce murmurio del aura,
Unido mi ronco gemido postrero sonase;
Que el plácido soplo que al suelo cansado restaura,
El último aliento del pecho doliente apagase!
¡Guarde, guarde la noche callada sus sombras de duelo,
Hasta el triste momento del sueño que nunca termina;
Y aunque hiera mis ojos, cansados por largo desvelo,
Dale, ¡oh sol! a mi frente, ya mustia, tu llama divina!
¡Y encendida mi mente inspirada, con férvido acento
-Al compás de la lira sonora- tus dignos loores
Lanzará, fatigando las alas del rápido viento,
A do quiera que lleguen triunfantes tus sacros fulgores!

A ÉL

No existe lazo ya: todo está roto.
Plúgole al cielo así: ¡ Bendito sea!
Amargo cáliz con placer agoto;
Mi alma reposa al fin, nada desea.

Te amé, no te amo ya; piénsolo al menos.
¡Nunca, si fuere error, la verdad mire!
Que tantos años de amarguras llenos
Trague el olvido; el corazón respire.

Lo has destrozado sin piedad: Mi orgullo,
Una vez y otra vez, pisaste insano...
Mas nunca el labio exhalará un murmullo
Para acusar tu proceder tirano.

De graves faltas vengador terrible,
Dócil llenaste tu misión: ¿lo ignoras?
No era tuyo el poder que irresistible
Postró ante ti mis fuerzas vencedoras.

Quísolo Dios y fue: ¡ Gloria a su nombre!
Todo se terminó; recobro aliento.
¡Ángel de las venganzas!, ya eres hombre...
Ni amor ni miedo al contemplarte siento.

Cayó tu cetro, se embotó tu espada...
Mas, ¡ay!, ¡Cuán triste libertad respiro!
Hice un mundo de ti, que hoy se anonada,
Y en honda y vasta soledad me miro.

¡Vive dichoso tú! Si en algún día
Ves este *adiós* que te dirijo eterno,
Sabe que aún tienes en el alma mía
Generoso perdón, cariño tierno.

EL GENIO DE LA MELANCOLIA

Fantasía

Yo soy quien, abriendo las puertas de ocaso,
Al sol le prepara su lecho en cristales;
Yo soy quien recoge sus luces postreras,
Que acarician las tibias esferas.

Yo soy el que viste la pálida tarde,
Bordando sus velos de púrpura y nácar;
Yo soy quien le inspira balsámico ambiente,
Que le envidian las auras de oriente.

Yo soy quien murmura del río en las aguas,
Rizando sus ondas de cándida espuma;
Yo soy quien se mece con blando desmayo
De la luna en el nítido rayo.

Yo soy quien impulsa los céfiros gratos
Y empapa sus alas en fresco rocío;
Yo soy quien les presta los músicos sones
Que preludian ignotas canciones.

Yo soy quien inventa las flébiles notas
Que ensaya en la selva la tórtola triste;
Yo soy quien modula los tonos que imita
Filomena, que insomne se agita.

Yo soy quien exhala perfumes süaves,
Que guardan las floree en púdico seno;
Y aquel que recogen, de perlas tesoro,
Lo destila mi límpido lloro.

Yo nunca presido las báquicas fiestas
Ni escucho del mundo tumultos y aplausos...
Jamás me conocen los lúbricos seres
Que devoran infandos placeres.

Mas siempre me siguen los fieles amantes;
Recibo en silencio sus férvidos votos;
Y acaso en mi seno, de dulce beleño,
Los aduermo con plácido sueño.

Me acosan y alejan los hombres feroces
Que cubren la tierra de llantos y lutos;
Y nunca en los que albergan rencores
Se derraman mis tiernos favores.

Mas grato me invoca, con ávido anhelo,
De vírgenes puras el cándido coro,
Y asilo me ofrecen las almas inquietas
De los nobles y ardientes poetas.

No habito palacios de mármol y bronce,
Que el yerto fastidio me veda su entrada;
Mas vuelas, ¡oh tiempo!, sus muros inclinas,
Y yo guardo las mudas rüinas.

Sus alas despliega, de rica esmeralda,
Placer turbulento, que rápido vuela...
Mas, ¡ay!, cuando toca su término triste,
De mis vagos colores se viste.

Ostenta su pompa feliz primavera.
Y en torno la ciñen las risas y amores:
Su lujo me agobia, su orgullo me irrita...
Mas recojo su gala marchita.

Deslumbran mis ojos los fuegos de estío;
Su sol implacable las alas me quema;
Mas yo soy quien rige las riendas del coche
Do desciende su lánguida noche.

Los meses de otoño me están consagrados,
Con próvida mano les vierto mis dones;
Sus lentas autoras, sus tardes sombrías,
Cual sus mieses doradas, son mías.

Venid a mi seno, venid sin demora,
¡Oh mentes inquietas! ¡Oh pechos cansados!
Yo el bálsamo tengo que ardores mitiga
Y hace dulce la inerte fatiga.

De todos los genios hermosos
Yo soy el más bello,
Y en todas las almas sublimes
Se ostenta mi sello:

Yo presto a las penas más hondas
Un mágico encanto;
Yo presto a los juegos tristeza,
Placeres al llanto.

Mi origen disputan los genios,
Mas yo los concuerdo:
¡Nací de la ardiente esperanza
y el triste recuerdo!

ROMANCE[139]

CONTESTANDO A OTRO DE UNA SEÑORITA

No soy *maga* ni *sirena*,
Ni *querub* ni *pitonisa*,
Como en tus versos galanos
Me llamas hoy, bella niña.
Gertrudis tengo por nombre,
Cual recibido en la pila;
Me dice *Tula* mi madre,
Y mis amigos la imitan.
Prescinde, pues, te lo ruego,
De las *Safos* y *Corinas*,
Y simplemente me nombra
Gertrudis, *Tula* o amiga.
Amiga, sí; que aunque tanto,
Contra tu sexo te indignas,
Y de maligno lo acusas
Y de envidioso lo tildas,
En mí pretendo probarte
Que hay en almas femeninas
Para lo hermoso entusiasmo,
Para lo bueno justicia.
Naturaleza madrastra
No fue (lo ves en ti misma)
Con la mitad de la especie
Que la razón ilumina.
No son las fuerzas corpóreas
De las del alma medida;
No se encumbra el pensamiento
Por el vigor de las fibras.
Perdona, pues, si no acato
Aquel fallo que me intimas;
Como no acepto el elogio
En que lo envuelves benigna.
No, no aliento ambición noble,
Como engañada imaginas,
De que en páginas de gloria
Mi humilde nombre se escriba.
Canto como canta el ave,
Como las ramas se agitan,
Como las fuentes murmuran,
Como las auras suspiran.

[139] Es un hermoso poema en el que Avellaneda se autodefine, muy consciente de sus recursos y aspiraciones, frente al fácil tópico en que la encasilla su admiradora.

Canto porque al cielo plugo
Darme el estro que me anima;
Como dio brillo a los astros,
Como dio al orbe armonías.
Canto porque hay en mi pecho
Secretas cuerdas que vibran
A cada afecto del alma,
A cada azar de la vida.
Canto porque hay luz y sombras,
Porque hay pesar y alegría,
Porque hay amor y hay perfidia.
Canto porque existo y siento,
Porque lo grande me admira,
Porque lo bello me encanta,
Porque hay temor y esperanza,
Porque lo malo me irrita.
Canto porque ve mi mente
Concordancias infinitas,
Y placeres misteriosos,
Y verdades escondidas.
Canto porque hay en los seres
Sus condiciones precisas:
Corre el agua, vuela el ave,
Suba el viento y el sol brilla.
Canto sin saber yo propia
Lo que el canto significa,
Y si al mundo, que lo escucha,
Asombro o lástima inspira.
El ruiseñor no ambiciona
Que lo aplaudan cuando trina...
Latidos son de su seno
Sus nocturnas melodías.
Modera, pues, tu alabanza,
Y de mi frente retira
La inmarchitable corona
Que tu amor me pronostica.
Premiando nobles esfuerzos,
Sienes más heroicas ciña,
Que yo al cantar sólo cumplo
La condición de mi vida.

ELEGIA I

Después de la muerte de mi marido

Otra vez llanto, soledad, tinieblas...
¡Huyó cual humo la ilusión perdida!
¡La luz amada que alumbró mi vida
Un relámpago fue!

Brilló para probar sombra pasada;
Brilló para anunciar sombra futura,
Brilló para morir... y en noche oscura
Para siempre quedé.

Tras luengos años de tormenta ruda
Comenzaba a gozar benigna calma;
Mas ¡ay! que sólo por burlar el alma
La abandonó el dolor.

Así la pérfida alimaña finge
Que a su presa infeliz escapar deja,
Y con las garras extendidas, coja
Para asirla mejor.

El que ayer era mi sostén y amparo,
Hoy de la muerte es mísero trofeo...
¡Por corona nupcial me dio Himeneo
Mustio y triste ciprés!

De juventud, de amor, de fuerza henchido,
Su porvenir ¡cuán vasto parecía...!
Mas la mañana terminó su día:
¡Ya del tiempo no es!

Nada me resta, ¡oh Dios! Sus rotas alas
Pliega gimiendo mi esperanza bella...
Hoy sus decretos el destino sella;
Ya irrevocables son.

Al golpe atroz que me desgarra el pecho
Quizás mi pobre vida no sucumba
Mas con los restos que tragó esa tumba
Se hunde mi corazón.

¡Alma noble y amante! tú, ante el trono
De la infinita paternal clemencia,
Por la que fue mitad de tu existencia
Pide, pide piedad!

¡Baje un rayo de luz que alumbre mi alma
En este abismo de pavor profundo,
Hasta que pueda abandonar del mundo
La inmensa soledad!